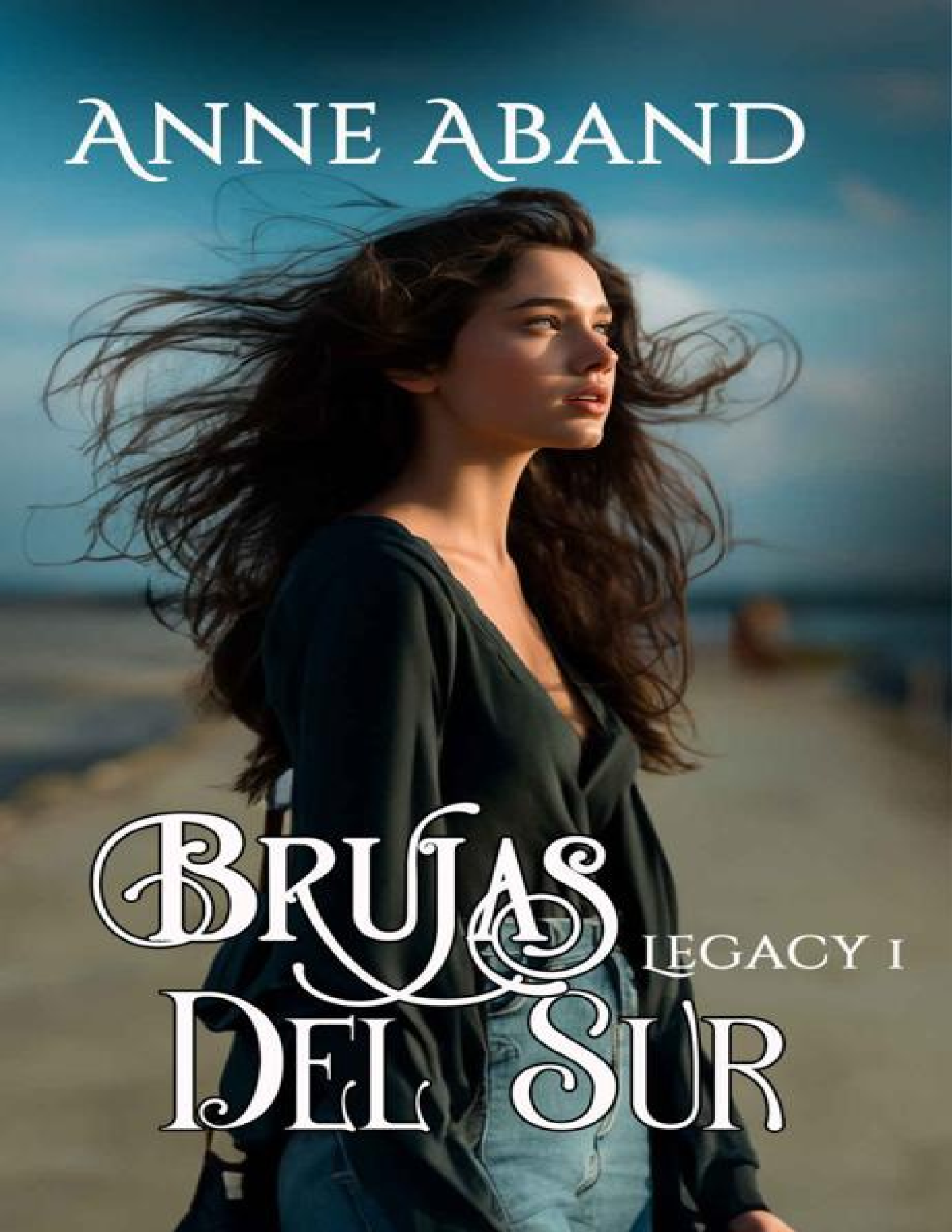




ANNE ABAND

BRUJAS
DEL SUR

LEGACY I

BRUJAS DEL SUR
LEGACY 1

Brujas del sur

Legacy 1

Anne Aband

© Anne Aband (Yolanda Pallás), [2023]

Corrección: Eva Pallás

ISBN: 9798863610351

Safe creative: 2310065496341

Impresión independiente

Portada: Yolanda Pallás

Todos los derechos reservados. Te pido por favor que descargues de forma legal este libro. Es un gran esfuerzo de mucho tiempo y seguro que el karma te lo recompensa. Gracias.

Somos fuertes, somos brujas

Índice

Capítulo 1. Un disgusto

Capítulo 2. La decisión

Capítulo 3. Roma

Capítulo 4. Despierta

Capítulo 5. Una familia diferente

Capítulo 6. El viaje

Capítulo 7. Noticias.

Capítulo 8. Cambios

Capítulo 9. Es algo más

Capítulo 10. Reunión familiar

Capítulo 11. Malos recuerdos

Capítulo 9. El primer beso

Capítulo 10. La jaula

Capítulo 11. Seis meses después

Capítulo 12. La ceremonia

Brujas del sur. Legacy 2

Capítulo 1. Empezando la escuela de brujas. 3 meses antes de Navidad

Capítulo 2. El colegio

Todos los libros de la saga:

Otros libros relacionados

Agradecimientos y sobre mí

Capítulo 1. Un disgusto

Me encierro en la habitación que comparto con mi hermana y me echo en la cama, llorando y, aunque no es propio de mi carácter, muy enfadada. Lucas, uno de mis hermanos, llama a la puerta y entra sin que le conteste. Se sienta junto a mí y me toma de la mano. Aunque me llevo muy bien con Sara, la intrépida prima que no tiene miedo a nada, Lucas y yo somos muy parecidos. Tranquilos, algo introvertidos y normalmente sensatos. Por eso, no comprendo que mis padres ayer tomaran esa decisión tan injusta.

—Lo sé, Amy, yo tampoco lo entiendo. ¿Has hecho algo malo que yo no sepa?

Levanto mis ojos azul celeste y me retiro los mechones morenos de mi cara enrojecida. Lucas me mira con una leve sonrisa, pero esa pregunta no ha sido irónica. Si fuera mi hermana o mi prima, lo hubiera dudado.

—No, que yo sepa. Saqué tan buenas notas como vosotros y he aprobado, iré a la universidad, no salgo casi, ayudo en casa e incluso trabajo en la tienda de Manuela los fines de semana. ¿Qué más quieren de mí?

—Mamá parecía agobiada. ¿Has hablado con la tía Estela? Puede que ella te cuente algo que no sepamos.

—No lo hará. Ellas tres son como...

—¿Como nosotros?

Me siento sonriendo sobre la cama, abrazada a mis rodillas y miro por la ventana de mi cuarto. El verano está en su parte más álgida, pero aquí, en la costa mediterránea, el calor no es tan fuerte. O puede que en esta casa haya un microclima, no lo sé. Esta era la antigua habitación de mi madre, y sigue más o menos igual, excepto porque hemos cambiado la cama grande por dos medianas. Desde que la bisabuela falleció y mis abuelos decidieron viajar por todo el mundo, nos mudamos a la casa familiar, que tiene habitaciones para todos, aunque comparto una con mi hermana Yolanda, You para todos. Lucas me mira serio.

—¡Ey!, que, si no vienes, podemos hacer huelga y no ir los demás.

—A nuestras primas y a You les dará un ataque. No, id vosotros.

La puerta se abre y entran mis primas Sara y Esther, seguidas de mi hermana You. El rostro de la primera es conspiratorio total. Se sientan, rodeándome y Esther cierra la puerta.

—Miedo me das, Sara —dice Lucas mirando a nuestra prima que sonríe. Mucho.

—Es que lo que se me ha ocurrido. Bueno, ha sido idea de You también.

Esther levanta las manos y crea una bola de aire que nos rodea, sonriendo.

—Para que no nos escuchen. Papá parece tener super oído —dice You riéndose.

—No nos parece justo que te hayan prohibido venir a Roma —dice Sara—, si eres la más buena de todos nosotros. Bueno, quitando a Esther.

La nombrada sonríe. Sí, ella es del equipo Amanda, tranquila e introvertida, aunque tiene su carácter que saca solo cuando la prima Sara o You la sacan de sus casillas.

—¡Así que con nuestros ahorros te hemos comprado otro pasaje de avión para ti! —exclama You interrumpiendo a Sara.

—Solo tenemos que decirles a nuestros padres que nos vas a acompañar al aeropuerto, y yo meteré tu ropa en mi maleta —continúa You y Lucas asiente.

—Mamá se va a cabrear y cuando lo hace, el mar se agita —digo poco convencida.

—Una vez estés en Roma, ¡qué más nos da! —contesta Sara emocionada—. Lo vamos a pasar genial, ya verás. Quiero conocer a los atractivos romanos.

—Dijimos que iríamos a ver museos —protesta Esther. A ella se le da muy bien dibujar, aunque lo que le gusta de verdad es la escultura.

—Lo haremos todo —dice Lucas conciliador—, veinticuatro horas por cinco días dan para mucho. ¿Te animas?

—Sois geniales, de verdad —digo limpiándome de la cara una lágrima furtiva.

—Hemos cumplido dieciocho, somos fuertes, somos brujas —dice You levantando el puño. Todos lo hacemos, incluso yo.

Salen de mi habitación y me quedo sola. Yo, bruja bruja no soy. Cierto que se me dan bien las pociones, pero nada del otro mundo. You mueve agua, Sara es fuego, Esther tiene poderes de aire y Lucas de tierra. Y yo... soy otra de aire que apenas creo una ligera brisa. Fue una gran desilusión cuando, hace dos años, nos dieron nuestros colgantes del infinito para controlar y dirigir nuestros poderes. A cada uno de ellos le añadieron el símbolo de su elemento. Mi madre quería añadir el de aire al mío, pero debido a la poca habilidad que tengo, me quedé sin él.

Sí, soy una bruja poco dotada y no me consuela que mis hermanos no se metan conmigo o que me traten con una cierta... pena. Los he visto mover aire, agua, tierra. Sara ha provocado varios conatos de incendio que, a su madre, mi tía Carmen, le hacen reír. En cambio, a su padre, Yotuel, le inquieta bastante.

El próximo año, ellos van a pasar unos meses en la escuela para brujas de Londres, que está a cargo de mi tía Gala. Yo no. Iré directamente a la universidad. Quiero estudiar magisterio, sí, pero me siento incompleta sin magia. Siempre me falta algo.

Para celebrar el fin de curso habíamos decidido hacer un viaje, una especie de despedida de nuestro yo adolescente, los cinco juntos. Mis primas y mis hermanos nos llevamos de maravilla. Somos todos como hermanos. Entre nosotros decimos que nuestros padres lo debieron hacer también el mismo día, porque, a pesar de que nosotros, por ser trillizos nos adelantamos y mi madre se puso de parto tres semanas antes, resultó que a continuación mi tía Carmen y mi tía Estela empezaron con contracciones. Así que los cumpleaños en casa son multitudinarios.

Cuando se lo dijimos a nuestros padres ayer, ellos se miraron y juraría que vi un pequeño asomo de miedo en sus rostros. Lo recuerdo como si fuera ahora.

—¿Por qué os queréis ir a Roma? —dice mi madre frotándose las manos. Mi padre pone la mano sobre el hombro, tranquilizándola.

—Mamá, hemos cumplido los dieciocho, queremos ver mundo. O sea, no es que vayamos a conocer a algún guapo italiano y enamorarnos, como hicisteis vosotros —contesta la descarada You.

Nuestros padres se emparejaron muy pronto. Mi madre tenía veinte y mis tías dieciocho y se quedaron embarazadas enseguida. No han cumplido los cuarenta y tienen hijos tan mayores. Parecemos sus hermanos, más que sus hijos, pero, pudiendo tener más hijos, al menos mis tías, decidieron parar. Mi intención, desde luego, no es encontrar una pareja. Solo quiero... salir.

—¿Tú también quieres ir, Amanda? —dice mi padre mirándome a los ojos. Lo miro, a esos ojos azules igual que los míos y asiento.

—Claro que quiere —dice You adelantándose.

—Pero ella no... no puede —dice mi madre.

—¿Por qué? Ya sé que no tengo sus... dones, pero miles de humanos normales viajan a diario —protesto, a punto de echarme a llorar.

Mis padres se miran y mi madre niega con la cabeza. Mi padre se voltea. Sé qué va a

decirme, así que me giro y salgo corriendo a mi cuarto.

Escucho discutir a You y noto que las cañerías de la casa se mueven. Mi hermana todavía no controla al cien por cien sus poderes y si se enfada mucho, bueno, se nota en el agua que nos rodea. En eso es igual que mi madre.

Me deslizo por el balcón. Nunca he tenido vértigo y hemos preparado una pequeña cuerda en el armario, nudosa, de las que tiene mi tía Carmen en casa, por si acaso algún día queremos salir sin que nos vean.

Aterrizo en el jardín, cada día más precioso, repleto de flores, de hierbas aromáticas como lavanda, romero y otras plantas que mi madre y sus hermanas usan para sus lociones, cremas, hechizos varios, sobre todo de protección. Están obsesionadas con ello. Alguna vez se les escapa algo que pasó hace tiempo, pero cuando queremos indagar, cambian de tema rápidamente.

Salto la valla y empiezo a caminar sin rumbo. Necesito estar un poco a solas. Me meto por el pueblo, callejeando, antes de irme hacia una cala que hemos descubierto que está rodeada por rocas. Es, sin duda, nuestro lugar favorito.

Se me ha olvidado coger el bolso y el móvil de lo enfadada que estoy, pero me da igual. Paso por delante del estudio de mis tíos Dariel y Estela. Tienen un local donde hacen exposiciones y dan clases de pintura. Esther quiere hacer bellas artes, como ellos. Ellos son una familia de artistas. Es muy rubia, delicada, aunque de vez en cuando saca el carácter.

Todos hemos salido a nuestros padres. Tío Yotuel es bombero y tía Carmen, aunque empezó en el cuerpo, decidió hacerse policía nacional. Sara quiere hacer algo así. Pelirroja y con el tono de piel algo más claro que el de su padre, es decidida y calcada a su madre. Por eso chocan tanto y a la vez son cómplices de ideas estúpidas que a mi tío suelen divertir hasta que hacen algo loco y se pone muy nervioso.

Y de mis padres, que llevan el restaurante del puerto, poco que decir. Mi padre es un excelente chef y mi madre lleva la sala. Se nota que se aman de una forma que nunca he sabido comprender. Tienen una relación muy especial. De mis hermanos, Lucas es guapísimo, con el cabello castaño y ojos azul tormenta. Tiene el cuerpo de mi padre por lo que las chicas van detrás de él, aunque vaya de ligón, sé que él es más sensible de lo que aparenta. You es morena como yo y casi tan alta como Lucas. Pero a diferencia de mis ojos que son azul celeste, sus ojos son azul tormenta, como mi madre. Es divertida, a veces demasiado inquieta, como Sara. Por eso, Esther, Lucas y yo, solemos dejarlas llevar la iniciativa. Son agotadoras, demasiada energía, según dice Esther.

A Lucas siempre le ha gustado cocinar, así que suele ayudar en el restaurante y You no tiene muy claro qué quiere. Aunque creo que le gustaría ser periodista, y viajar a sitios peligrosos, algo que insinuó una vez y que hizo que mi madre la mirase con ojos horrorizados.

Tal vez todo cambie cuando vuelvan de Londres. Cuando aprendan lo que es de verdad la magia. Puede que entonces sean distintos e incluso no estén tan unidos conmigo.

Sin darme cuenta, he llegado a la playa. Desciendo por el rocoso sendero y me siento en la arena. Solo quiero llorar.

Capítulo 2. La decisión

—Deberíamos decírselo... —dice Carmen mirando a sus hermanas, que están sentadas alrededor de la mesa de la cocina.

—Deja que se diviertan —contesta Estela—, y antes de que vayan a la academia de Londres en unas semanas les contaremos todo.

—¿Incluso a Amanda? —pregunta Marina. Ángel le toma de la mano.

—Tal vez podría venir Farid y comentarle...

—Nuestro hermano está muy ocupado siempre, eso de ser consejero en el gobierno de Jordania es lo que tiene. No quiero molestarle —contesta Marina tomando un sorbo de té.

—Creo que estáis haciendo como hizo la abuela con nosotras —dice Carmen comiéndose una galleta con pepitas de chocolate. Su ronco gemido al paladearla hace que Yotuel la mire con deseo.

—Eso es verdad —dice Estela poniéndose a favor de su hermana—. Estáis ocultando a Amanda su verdadero potencial. Los demás deben saber cuáles son sus raíces.

—Dijimos que se lo contaríamos a los dieciocho. Ya los tienen. Y son capaces de hacer magia de la buena —contesta Carmen—. Deberíamos tener una charla antes de que se vayan a Roma.

—Mejor esperamos a que vuelvan de Roma y antes de irse a Londres —comenta Ángel—. De todas formas, los vigilaré...

—No, Ángel —dice Yotuel poniendo una mano sobre el hombro de su hermano—, debemos dejarlos que se desmanden, que hagan el salvaje, y estoy de acuerdo que deberíais dejar a Amanda que fuera. Está muy deprimida.

—¿Crees que no lo sé? —dice Marina y las cañerías vuelven a hacer ruido hasta que Ángel acaricia su rostro—. Imagínate que, por algún motivo, le ocurre algo y... salen.

—Por eso sería mejor que se lo dijeras —contesta Estela con el rostro muy serio—. Culpabilizamos a la abuela por ocultarnos toda nuestra historia y os habéis empeñado en repetir el patrón. Mamá tampoco está de acuerdo.

—Mamá está en Jordania con Farid. Nosotros tenemos que decidir. Es mi hija —contesta enfurruñada Marina.

—Solo te digo que ocultar las cosas no trae buenas consecuencias. Fíjate cuánto tiempo nos costó perdonar a la abuela. —Carmen no dice mucho más, porque el rostro de Marina es muy doloroso. No solo la abuela les mintió, sino que Ángel la dejó durante casi un año, haciéndoles olvidar que los conocían y todo lo relativo a los ángeles.

—Con nuestra historia, deberías... —empieza Estela, pero Marina se levanta y los mira con una expresión resignada. Levanta la mano y suspira.

—Está bien. Me ha dicho que los va a acercar al aeropuerto. Cuando vuelva, le contamos todo y su padre... bueno, le enseñará a usarlas...

—Deberíamos preguntarle a Melinda —dice Dariel—, ella es la responsable de vuestro covenant.

—No, no quiero que nadie sepa nada de lo de Amanda —dice Ángel—. ¿Quieres volver a empezar la guerra? O que, si queda alguien en Eterna ¿baje y la fulmine? No sabemos si todos murieron.

—Melinda es como de la familia —dice Estela—. Podría ayudarnos, como hizo para crear los colgantes. Yo confío en ella.

—También yo, pero en este caso, prefiero no comentar, al menos, hasta que ella tenga controlado... lo que sea. —Ángel se levanta y abraza a su esposa, que se refugia en su pecho.

—¿Creéis que ella puede ser una bruja del éter, como... como Andy? —pregunta Yotuel.

La expresión de Marina confirma las sospechas, Ángel acaricia su rostro, consolándola.

—Cuando ella vuelva de dejar a sus hermanos en el aeropuerto, iremos a la bodega, haremos que se quite su medallón en un lugar controlado, y veremos qué pasa. Podría ser peligrosa. En el fondo, el viaje nos viene bien —dice Marina—. Sus hermanos no la dejarían sola. Ni sus primas. Se meterían por medio y podrían... salir heridos.

—¿Crees que tiene tanto poder? —pregunta Estela.

—No lo sé con seguridad. Enseguida le pusimos el colgante. Me da bastante miedo que luego todo venga de repente y... que ella...

Marina solloza y Ángel la abraza con amor.

—Es una buena chica, no creo que se vuelva como Andy —dice Yotuel con el rostro serio.

—Yo tampoco lo creo —contesta Carmen—. Os ayudaremos. Esta noche estaremos aquí y prepararemos un círculo de protección. En caso de que... sea demasiado, siempre podemos hacer que ella... olvide.

—No me puedo creer que digas eso, Carmen —contesta Estela.

—Y, sin embargo, es lo que haré —determina Marina—, me ayudéis o no.

—Claro que te ayudaremos —acaba contestando la hermana pelirroja.

—Pues ya está —acaba Ángel mirando el reloj—. ¿A qué hora salía el avión?

—Sobre las doce. Imagino que se habrá quedado hasta que hayan embarcado —dice Estela.

—Es la una. ¿No le habrá pasado nada con el coche? —comenta preocupada Marina—, solo tiene el carné desde hace días.

—Todos han practicado meses con nosotros, tranquila. Saben conducir bien. Quizá esté triste y quiera alejarse un rato —dice Yotuel.

—Voy a preparar la comida —contesta Ángel—. ¿Os quedáis?

—¡Cómo no! —contesta Carmen— ¿Con qué nos vas a deleitar cuñadito?

Ángel se echa a reír y mueve la cabeza mientras va hacia la nevera. No hay como empezar a cocinar con una cerveza. Yotuel y Dariel lo siguen y dejan a las hermanas en la mesa.

—Tengo un mal presentimiento —dice Marina volviéndose a sentar.

—Estás un poco paranoica —contesta Carmen mientras acepta la cerveza que le da Yotuel—, es una chica buena, obediente. Si fuera Sara... bueno...

—Sara es como tú —contesta Yotuel riéndose. Le da un beso en su cabeza rizada y se va con los chicos, que ya están cortando cebolla y algunas verduras.

Dariel trae dos cervezas y se las da a Estela y Marina y también un bol con patatas chip. Ellas se lo agradecen con una sonrisa. Carmen ataca.

—Joder, Carmen, con todo lo que comes y encima estás delgada y fibrosa —protesta Estela que, a lo largo de los años, ha encontrado algún kilo y se lo ha quedado.

—Si vinieras con nosotros a correr todos los días, estarías en forma.

—Prefiero hacer ejercicio horizontal —contesta su melliza y las tres se empiezan a reír. Marina comienza a estar más relajada.

—De todas formas, voy a llamarla.

—Estará conduciendo probablemente —amonesta Carmen—. Sabes que no puede cogerlo.

—Habló la poli. Tiene manos libres, puede y debe descolgar a su madre.

—Haz lo que quieras, pero no la libraré de la multa si le ponen una.

—Me da igual.

Marina coge el móvil. Hace más de una hora que debería haber vuelto y siente una inquietud que no puede explicar. Aunque después de que los ángeles devolvieran sus alas, siguieron manteniendo sus poderes naturales, estos se atenuaron. No como sus hijos, que son fuertes y debieron disminuir su potencial con los colgantes.

El tono del móvil suena varias veces hasta que la chica contesta.

—No puedo hablar, mamá —dice.

—¿Qué es ese ruido, Amanda?

—Bueno.... es... el avión que está aterrizando en Roma.

La cerveza sale despedida de las botellas y se estrella en el techo. Ángel se acerca corriendo hacia Marina y pone las manos sobre ella, para tranquilizarla. Cuando se enfada... sale toda esa magia que de normal apenas se siente. El grifo del fregadero explota y la cañería empieza a disparar el agua por toda la cocina.

Capítulo 3. Roma

—¿Qué? —dice You mirando a Amanda que sostiene el teléfono como si fuera un ente diabólico.

—Me han pillado y creo que mamá se ha cabreado. He escuchado ruido de agua... muy fuerte.

—Ya estamos en Roma —dice Sara volviéndose desde el asiento de delante, que comparte con Lucas. Esther, que está en el otro lado del pasillo, se encoge de hombros.

—Se lo han buscado —contesta You—, que te hubieran dejado venir desde el principio.

—Ya...

Toco mi colgante, nerviosa y miro el teléfono. Acabo por apagarlo. No me apetece enfrentarme a mi madre o a mi padre. Me muerdo los labios, culpable, mientras nos preparamos para salir del avión.

—Puede que te vengan a buscar —dice Esther mientras se levanta y se estira un poco—, así que mientras tanto, disfrutemos de la ciudad.

—A lo mejor no vienen —digo esperanzada—, tengo la misma edad que vosotros, aunque naciera la última.

—Bah, ya sabes cómo son nuestros padres —dice Sara cogiendo su bolso de la parte de arriba—, hiper protectores. Piensan que el mundo está lleno de gente malvada que nos van a atacar o algo así.

—Como vosotros os podéis defender.... —susurro.

—Pero nos tienes a todos aquí —dice Lucas, sacando la vena protectora de papá—, no dejaremos que te pase nada y así se lo diré.

—No te creas tan machito por ser el único hombre —ríe Sara—, mi madre me enseñó a defenderme y llevo haciendo artes marciales desde pequeña. Podría defenderos a todos, solo con mi mano letal.

Lucas pone los ojos en blanco y empuja a Sara, que se tropieza con un tipo joven, que no les ha perdido de vista en todo el viaje. Va acompañado de otros tres hombres.

—Perdona —dice Sara. El tipo pone una cara desagradable y mira a todas las chicas y luego a Lucas.

—Joder, sí que te lo montas bien, cuatro tías solo para ti, a cuál más buena. Ya podrías dejar alguna para los demás.

—¿Tú eres idiota? —dice Sara sin esperar a que Lucas conteste—. Jamás estaríamos con un tío tan desagradable como tú.

You se ríe y pasan sin darse cuenta de que el tipo cierra los puños, enfadado. Lo miro de reojo y veo que su furia es intensa. Nos bajamos del avión, vamos a por las bolsas y caminamos por el aeropuerto, hasta salir a la ciudad. Esther se queda impactada con el aeropuerto Leonardo da Vinci, su artista favorito y el motivo por el que quería venir a Italia.

Obras de arte clásico y contemporáneo, música con varios pianos en las terminales, tiendas y, sobre todo, gentes de todo el mundo caminan ocupados con sus maletas, sin admirar el arte que desprende el mismo aeropuerto.

—Vamos, tenemos que coger un autobús —dice Sara empujando a su prima que todavía está con la boca abierta.

Nos dirigimos hacia la T1-2 y nos montamos en un autobús azul y blanco, tras pagar el billete.

—Estoy nerviosa —digo a Lucas, que se ha sentado a mi lado—. Creo que mamá estará cabreada.

—No sé si te harán volver, aunque no lo creo —contesta Lucas tomándome de la mano—, pero tranquila, yo te cuidaré.

—Es que no necesito que nadie me cuide —replico enfadada—. Os creéis que soy una niña indefensa y puede que no haya hecho artes marciales como Sara, pero no soy tonta.

—¡Lo sabemos! —contesta You que está frente a ella—. Eres igual que todos. Igual de lista, inteligente, hermosa, simpática... bueno yo soy más simpática que tú...

Acabamos riéndonos y después de un rato de viaje, llegamos a la ciudad.

—A 800 metros tenemos el hotel, así que vamos andando —decide Sara, mirando su móvil, señala la calle por donde tienen que ir. El teléfono de Lucas suena. Se gira a las demás.

—Es papá. Pongo el manos libres. Hola, papá, te escuchamos todos.

—Mejor. Tu madre está muy disgustada, todos lo estamos. Amanda, si estás escuchando, quédate en el hotel hasta que consigamos un vuelo.

—No, papá. Voy a salir por la ciudad con todos. Y no os molestéis en venir a buscarme, porque no me iré —digo con el rostro enrojecido.

—No te preocupes, tío Ángel —interrumpe Sara—, cuidaremos a tu niña pequeña.

You se echa a reír y Lucas quita el manos libres y habla con nuestro padre, algo retirado.

Papá, te juro que cuidaré de todas, aunque ellas... son suficientemente mayores y poderosas.

Hijo, pero es que Amy es especial, no lo comprendes, ella...

¿Ella, qué?

Joder, Lucas. Mantenla en el hotel, si puedes. Y que no se quite el amuleto.

Está ocurriendo algo y no quieres decírmelo.

Cuando volváis a casa, hijo. Por favor, tened cuidado.

No vengáis a buscarla, déjala que disfrute al menos unos días. Solo estaremos aquí cinco días. Por favor.

Está bien. No iremos. Pero cualquier cosa extraña, llámame.

Claro, papá. No te preocupes. Sabemos cuidarnos.

Se escucha un claro suspiro al otro lado del teléfono y tras despedirse, cuelgan.

—¿Qué te ha dicho papá? —pregunta You que me estaba abrazando, como si alguien pudiera venir volando y llevarme.

—No vienen. Supongo que no tendremos que hacer ninguna tontería. Pero estáis a mi cargo.

—¿Por ser el único chico? No me parece bien —protesta Sara.

—No. Nací el primero por lo que soy el mayor. Y punto. No haremos tonterías, Sara, o no nos dejarán volver a viajar. Hagámoslo por Amy.

—Vaale. Si es por esa razón, procuraré no hacer demasiadas estupideces en este viaje.

Sara consigue sacarnos una sonrisa y seguimos caminando hacia el B&B que ha contratado Esther.

Después de entrar y repartirnos las tres habitaciones, nos refrescamos y preparamos para explorar la ciudad.

—Me muero de hambre —dice Sara. Es como su madre. Come y come y su cuerpo lo quema todo.

—¿Tomamos una pizza? Aquí cerca hay una pizzería que tienen comida sin gluten —dice Esther mirando a Lucas y You. Ambos son celíacos.

Dejando todo en el apartamento, nos dirigimos al exterior. El tiempo es caluroso y hay mucha gente. Sonriendo por estar juntos, vamos hacia la pizzería.

Capítulo 4. Despierta

El bullicio de la ciudad eterna sorprende e intimida. Para mí, es como una molesta y deliciosa sensación que me acobarda y me fascina a la vez. Miro a Esther, que no para de hacer fotos durante toda la mañana y seguro que las cuelga en redes sociales. Nos hace posar de mil maneras, mientras avanzamos calle tras calle, monumento tras monumento. Hasta que Sara se para y cruza los brazos.

—Me niego a caminar más. ¡Quiero comer! —su rostro enfurruñado desde luego asustaría a cualquier delincuente que se acercase. Pero sí, yo también tengo hambre.

Buscamos en el listado de restaurantes sin gluten que ha preparado You y Esther y localizamos una *trattoria* donde tienen *crepes* sin gluten, ensaladas, hamburguesas. Nos pilla cerca de nuestro alojamiento así que creo que será una de nuestras favoritas.

En un gracioso italiano, You solicita una mesa. A ella se le dan bien los idiomas y se dispuso a aprender hace dos meses y ahora... bueno, parece casi una nativa con acento español, claro.

La mujer, una simpática italiana de cabellos oscuros con mirada inteligente, nos coloca en una mesa, al lado de las cristaleras, para que podamos ver la estupenda vista de las calles de Roma. Creo que me he enamorado de la ciudad, es... ¡mágica!

Después de pedir la comida, la mujer se sienta a nuestro lado. Nos quedamos algo sorprendidas, pero ha sido tan agradable que no decimos nada. Le pregunta algo a You y ella se queda parada. Raro en ella. Luego suelta una risita y asiente.

—¿Qué? —dice Lucas. Creemos que hemos entendido, pero...

—Nos pregunta si somos brujas, incluso si él es brujo. Ella lo es. Tiene un coven en este barrio. Ha reconocido los amuletos. Ella es agua, como yo —dice You.

La mujer vuelve a preguntar, señalando a Amy. You le explica y ella niega con la cabeza.

—Me ha preguntado por qué escondías tu poder.

—Si yo no tengo poder —exclamo disgustada.

—La mujer dice que sí —You se encoge de hombros—. Ella también es adivina y médium. Mediante el agua es capaz de comunicarse con los espíritus. Yo quiero aprender eso.

—¿Por qué dice que tengo poder? —digo volviendo a mi tema. Me interesa más que encima You pueda ser médium, la verdad.

Después de hablar un rato, la mujer se va y todos esperamos a que mi hermana nos explique.

—Tienen un coven compuesto por brujas que se separaron del consejo, tipo lo que hacía tía Gala. Ellas han explorado otros usos de la magia, puesto que debido a lo que pasó hace años, perdieron bastante poder. Digamos más bien que se modificó, o eso me ha parecido entender.

—¿Alguien sabe lo que pasó hace años? Lo de esa batalla o lo que fuera —dice Esther impaciente—. Nunca nos lo han contado.

—Nos han invitado a una reunión mañana por la noche, que es luna llena y aprovecharán para cargar sus pociones y hacer rituales. Si acudimos a las diez, nos llevarán a su coven, una casa a las afueras.

—No me fío —dice Lucas—. ¿En serio vamos a ir con una desconocida a un lugar apartado? No creo que nuestros padres aprobasen eso.

—A ver, Lucky Luke —dice Sara cambiándole el nombre—, somos cinco y si nos atacasen, indefensos no estamos.

—Podrían drogarnos o algo —contesto, también me parece algo malo.

—Por favor —dice You—. No me ha parecido que tuviera malas intenciones y tiene una *trattoria*.

—¿Y qué tiene que ver? —digo sin relacionar.

—Pues que es una persona pública. No puede raptar a cinco turistas e irse de rositas.

—Me lo pones peor —contesta Esther—. Votemos. ¿Quién quiere ir a esa casa mañana?

Sara y You alzan la mano sin dudar. Lucas está indeciso.

—Decidido por mayoría. No vamos —dice Esther—. Yo tampoco me fío. Mamá me ha dicho alguna vez que no todas las brujas son iguales. Incluso ahora que tía Gala lleva la escuela de Londres y tía Yung es la Dama Blanca, ni mi madre ni las tías acaban de fiarse. Por eso Melinda hizo otro coven en nuestra ciudad. Por cierto, dice que se va a retirar y quiere que mi madre sea la siguiente.

—Eso es muy bueno —digo—. Tía Estela es muy sensata.

—Sois un poco cobardicas —dice Sara, pero se ríe, aceptando la decisión. O eso parece.

Terminamos de comer y seguimos dando vueltas por la ciudad. Sara y You, como son tan descaradas, preguntan a un grupo de gente de nuestra edad el mejor sitio para divertirse por la noche y vuelven con un listado de discotecas.

—¿En serio? —dice Lucas adoptando el rol de protector—. No deberíamos salir por la noche.

—Desde que papá ha hablado contigo, te ha contagiado sus genes —protesta You.

—Ya tengo sus genes, tonta, es mi padre. Pero creo que tendríamos que pensarlo bien. Y os digo, si vamos, tenéis que prometer que no nos separaremos y que, si vemos mal ambiente, nos vamos.

—A ver, listo —dice Sara poniendo su índice en el pecho de su primo—, si no nos separamos no vamos a poder ligar con atractivos italianos. No digo que vayamos a una casa o algo así... pero quizá un rincón.

—Al menos estaos atentas al grupo del móvil. No quiero andar buscándoos a ninguna.

—¿No querrás perderte con una preciosa italiana? —contesta You guiñándole el ojo.

—No te digo que no... pero lo primero sois vosotras.

—Qué tierno eres, igual que papá —dice You sonriendo.

Esther y yo nos hemos quedado calladas porque no era nuestra intención ir a enrollarnos con un tío. Ambas tenemos muy poca experiencia. Al menos estaremos juntas.

—Está bien—acaba cediendo Lucas—, pero esas condiciones se mantienen.

—Que sí, pesado. Ala, vamos al hotel a ducharnos que llevo los pies muertos —dice Sara que se pone a caminar como si estuviera tan fresca, la lianta.

Después de ducharnos y tomar unos sándwiches en la misma habitación empieza el momento del arreglo. Igual que nuestras madres, nos ponemos música en la misma habitación. Una de mis canciones favoritas es *Noche ochentera*, consigo ponerla en el móvil con lo que se desata la locura. No sé cómo vamos a salir maquilladas porque estamos saltando y bailando.

Lucas nos mira sentado en la cama, riéndose. Para él ha sido fácil. Una camisa blanca remangada y unos vaqueros. Con ese cuerpazo que tiene mi hermano, cualquier cosa le sienta bien.

Nosotras tenemos diferentes estilos. Sara, con su tipazo y su color de piel, se pone un vestido en tonos verdes, corto y de tirantes. El cabello rizado, suelto, cae a su espalda. Lleva

tacones, pero no demasiado, porque es alta, todos lo somos y según ella, asusta a los tíos.

You tiene la piel clara, aunque no tanto como yo, y ha elegido un vestido azul oscuro, del mismo color de sus ojos. Tiene escote *halter* y también es cortito. Ella se ha recogido el pelo en una coleta alta, que resalta sus rasgos. Esther lleva un vestido más discreto en tonos rosas oscuros. Al ser rubia, le queda muy bien. No es tan corto ni tan ajustado como el de las demás, pero tiene escote y le queda de maravilla.

A mí me han traído un par de ellos y dudo. No quiero parecer... no quiero ser... Lucas se acerca y me señala el color salmón.

—Este te queda muy bien.

Asiento y me lo pongo. Es de tirantes con escote en pico y la falda es *evasé*. Es cortita, pero no tanto como el vestido de Sara. Mis caderas son algo más anchas y no me gusta que la ropa me ajuste, aunque mis primas dicen que tengo tipazo. Ellas me aman.

Cuando todos estamos listos, son casi las once, la hora perfecta para salir. Caminamos por las calles, riendo y bromeando. La luna casi está llena y sentimos ese bienestar. A las brujas nos encanta hacer rituales en esa luna, son mucho más potentes y efectivos. Todos nos solemos reunir en casa, las mayores y nosotros hacemos círculos de poder, mientras que los chicos se quedan en el balancín o en las sillas sentados, mirándonos. Lucas también participa en nuestros círculos. No suele haber muchos brujos y a veces nos preguntamos por qué, pero ni mi madre ni mis tías lo dejarían fuera jamás.

Hacemos una parada en una *gelateria*, todos tomamos doble ración de helado. Son un poco caros, pero vale la pena por el delicioso sabor. Mientras caminamos, pasamos al lado de una fuente y You hace un truquillo de los suyos y nos salpica, haciéndonos reír. Por fin, llegamos a la discoteca. Hay mucha gente de nuestra edad e incluso más jóvenes y empiezo a tranquilizarme.

Sara se vuelve con su rostro de «¿lo veis?» y después de estar un rato en la fila, nos dejan entrar. Nos ponen un sello por si queremos salir. La entrada también es cara y bueno, como de todas formas nos iremos pronto, aceptamos. Beberemos cerveza como mucho.

El local está bastante lleno, pero no a rebosar. Algunos chavales, los más jóvenes, bailan en el centro y veo que Sara ya está deseando ir. Buscamos una mesa libre para hacer nuestro lugar de encuentro. No hemos traído bolsos de mano, solo de esos que se cuelgan cruzados para llevar con el móvil, el labial y algo de dinero, poco más. Sara dice que lleva condones por si acaso y Lucas también creo que cogió alguno. Yo no creo que pierda mi virginidad en una oscura discoteca, la verdad.

Ocupamos una mesa alta y Lucas se encarga de traer sillas para todas. Pedimos botellines de cerveza y nos sentamos, porque según You, primero hay que mirar el paisaje y luego decidir.

Debe de ser la discoteca de moda, porque hay mucha gente arreglada, con vestidos que se ven de marca. Los nuestros son de esa tienda de Internet barata, pero según Sara, con nuestros cuerpos, hasta un saco de patatas nos quedaría bien.

You mira al que está poniendo los discos cuando nos dice que ahora viene. Se acerca y luego vuelve con una sonrisa traviesa. Al cabo de dos canciones, empieza a sonar la nuestra. Nos acabamos la cerveza y nos tiramos a la pista los cinco, incluso Lucas se anima a saltar y a bailar con nosotras.

Sábado noche 1980

Tengo bebida fría en la nevera

Luces neón por toda la escalera

Toque de glitter, chupito de absenta

Y me pongo pibón

*Por si esta noche pasa algo entre tú y yo
Gotas de dulce pa' que huela mejor
Y se va calentando el ambiente
Yo te busco entre toda esta gente
Dime, dime, dime dónde estás
Tu boquita de fresa, mi mojito de menta
Las cosas bonitas, al final se encuentran
Dos trocitos de fruta, si quieren se disfrutan
Te invito a mi fiesta en mi casa a la una
Noche ochentera, toda la noche entera
Hay una cola que tela, pero, ven con quien quieras
Noche ochentera, toda la noche entera
Cógeme la cadera, que bailamos la lenta tú y yo
La noche entera, era, ¡eh!
Como una noche ochentera, era, ¡eh!
La, la, la noche entera, era, ¡eh!
Como una noche ochentera, era, ¡eh!*

Gritamos y bailamos como locas, hasta yo, la verdad. Ellas tienen una energía contagiosa. Incluso la gente que nos rodea, animada por nuestra energía, se pone a saltar y a cantar la canción. Como han puesto un *mix* de la misma, es mucho más movida y dura más.

El círculo se rompe un poco porque una chica se ha acercado a Lucas y él se gira hacia ella. Tampoco me extraña. Es un pibón de metro ochenta y está claro que ha elegido. Dos chicos más se acercan a Sara y You. Esther y yo nos encogemos de hombros. Miro a mi alrededor. He sentido un escalofrío y dos ojos oscuros que me miraban, pero alguien tropieza conmigo y los pierdo. Habrán sido imaginaciones mías.

Seguimos bailando y tres hombres se acercan a nosotras. Reconozco al desagradable tío del avión. Que sí, que es guapo, pero su rostro sonríe de lado. Miro a mi alrededor. Lucas está bastante lejos, enrollado con la italiana. ¡Ja!, el que no nos iba a perder de vista. Sara y You están bailando con cuatro chicos y Esther... se ha alejado también de mí. Me pongo nerviosa.

El tipo se acerca a mí y me habla al oído. Su aliento está lleno de alcohol y no me gusta.

—Nos volvemos a ver, morenita. Hay un lugar oscuro que me gustaría enseñarte.

—No, gracias —le digo empujándole un poco hacia atrás, enfadada. Creo que le he dado un poco fuerte o es que está borracho y pierde el equilibrio, por lo que se agarra a mi brazo y me atrae hacia él. Me intento zafar, pero él es fuerte.

—Suéltame —grito, aunque él se acerca cada vez más.

—¿O qué? Le dirás a tu hermanito que venga. Él está muy ocupado. Solo vamos a pasar un buen rato.

Baja su mano por el vestido y la mete por debajo de mi falda, tocándome el muslo. Es tan desagradable que lo intento apartar de nuevo, pero es demasiado grande. Miro a mi alrededor y no veo ni a mis hermanos ni a mis primas.

—No tienes el cuerpo de la pelirroja, pero me vale, estás buena y me gustan las que tienen carne sobre los huesos.

—Déjame o gritaré. ¡Ahora mismo!

—No te pongas así, si lo estás deseando. Seguro que ya estás mojada.

Intenta meterme mano en mi ropa interior y entonces levanto la rodilla y le golpeo. No le doy en las pelotas de lleno, pero lo suficiente para que suelte el agarre. Él se balancea y se agarra

a mí, para no caerse, de forma que se sujeta en mi cuello, entonces lo empujo y él, para no caerse, se engancha en mi colgante y se cae hacia atrás.

El colgante se suelta de mi cuello y de repente siento millones de voces, sensaciones en mi cabeza. El ruido es tan grande e insoportable que grito horrorizada y cierro los ojos, deseando que pare.

Un silencio artificial se extiende en mi cabeza. Consigo abrir los ojos y veo horrorizada que toda la discoteca está quieta. Incluso la música se ha parado. Todo. El tipo está en el aire, cayendo, con mi colgante en la mano. Busco con la mirada a mis hermanos y también están quietos.

—¡¡¡¿Qué es esto?!!! —grito histérica.

Una voz se escucha en mi cabeza, muy débil.

Ponte... El... Colgante...

Sin saber qué hacer, cojo el colgante del tipo con las manos temblorosas y rápidamente me lo pongo en el escote. Como si me dieran una bofetada, todo vuelve. La música, la gente moviéndose, el tipo que se cae al suelo. Miro hacia mi hermano, que se da cuenta de que ha pasado algo, deja a su ligue y viene corriendo.

De alguna forma, todas se percatan de que algo no va bien y se reúnen conmigo en el centro de la pista. Miro a mi alrededor, buscando esos ojos oscuros, pero no los veo.

—Vámonos —dice Lucas—. Esther, protégenos con tu aire. Aquí ha pasado algo mágico.

Asiento, sin poder decirles nada todavía. Mi prima crea una burbuja de aire para que no nos atropellen. La gente está desorientada y por algún motivo, muchos se están marchando.

Por fin, salimos a la calle. Gracias a que mi hermano me sostiene, o me hubiera caído. Sara silba y un taxi nos lleva al alojamiento. Ya en la habitación, les pido que se queden.

—Chicos, ha pasado algo muy raro.

—Sí, hemos sentido una magia muy fuerte. ¿Tú también? —pregunta You ilusionada. Creo que podría reírme si no fuera por lo aterrada que estoy.

—Ese tío, el del avión, se acercó y quiso... me metió mano. Pero le di un rodillazo y se cayó al suelo.

—Bien hecho —dice Sara. Lucas me da la mano, culpable.

—No te preocupes —le digo a mi hermano—, pude defenderme, más o menos. La cosa es que, cuando se caía, se agarró a mi colgante y me lo arrancó, y entonces... fue horrible.

Me echo a llorar, abrumada por los acontecimientos. Ellos me abrazan, esperando, dándome mi tiempo.

—Escuché todo... mi cabeza iba a estallar y entonces, quise que parara. Y todo paró. Todos os quedasteis quietos, solo yo podía moverme... hasta que una voz me susurró que me pusiera el colgante y todo volvió a ser igual.

Mis hermanos y primas me miran sin decir nada. Sara tiene la boca abierta, como si quisiera decir algo, pero sin saber qué. Lucas sigue tomándome de la mano.

—A ver, a ver, repite. ¿Qué es eso de que escuchaste todo? —pregunta You.

—Todas las voces, los pensamientos, pero a la vez, muy confuso. No entendí nada.

—Es posible que se hayan despertado tus poderes, Amy —dice Esther—, cuando nos pasó a nosotras, sentíamos algunas cosas con respecto a los demás. A veces podíamos saber lo que pensaban. Pero el amuleto ayuda a protegernos de eso. Es posible que si ha venido todo tu poder de golpe...

—¿Y lo de paralizar? —pregunta Lucas pensativo.

—No sé qué pasó. Todo se quedó quieto. Hasta que no me volví a poner el amuleto no

pude... ¿lo he hecho yo?

—Es posible. Quizá deberíamos llamar a mamá —dice Lucas. Sara niega.

—Mira la hora que es. Tampoco es que puedan tomar un avión y venir. Buscaremos un vuelo para mañana y volvemos a casa. Lo mejor es que durmamos todos aquí juntos.

—¿Para vigilarme?

—No es eso —dice Lucas apretándose la mano—, es para estar todos por si nos necesitas.

—Sí, vale.

Pasan a sus habitaciones y vuelven con los pijamas, ya desmaquilladas y lavados los dientes. Yo dormiré con Esther y Sara con You. Lucas ha dicho que duerme en el sofá.

—Y bueno, Lucas, ¿qué tal con la rubia? —pregunta You mientras todos nos acomodamos para dormir.

—Un sueño. Tenía una lengua que... uf. No os cuento lo que me prometió que haría con ella.

—¡Guarro! —dice Esther riéndose.

—A nosotras no nos ha dado mucho tiempo de besuqueos —dice Sara, pero no parece molesta.

—De todas formas, los italianos no son tan guapos como dicen —contesta You y nos echamos a reír. Ha estado soñando con uno desde hace meses.

—Vamos a dormir —dice Esther—, y mañana con la cabeza despejada, pensamos qué hacer. Tal vez incluso las brujas del coven puedan saber algo.

—Yo creo que es mejor volver a casa —digo desde la esquina de la cama, mirando por el balcón. La luna cada vez está más llena y siento un ligero malestar, como si me recorrieran mil calambres por el cuerpo. Pero no quiero decirles nada o me llevarán a urgencias. Y esto, estoy segura de que es magia. Sonrío. Tal vez no soy ese desastre inútil que a veces pensaba. Puede que sí tenga dones. Cuando llegue a casa les pediré que me ayuden a canalizar. Creo que soy aire, como mi prima, aunque no estoy segura.

Cierro los ojos, algo más tranquila, hasta que escucho algo.

Capítulo 5. Una familia diferente

—¡Lucien! —grita mi hermano Mathis desde el salón. Acudo preocupado. Puede que haya hecho algo o no, pero seguro me llevo un puñetazo o alguna patada. Desde que cumplí los quince y no he resultado ser como esperaban, supongo, hasta mi madre me rehúye.

—¿Qué quieres? —digo asomándome al salón, pero sin entrar. Mi hermano mayor, hijo de mi madre y otro tío, está sentado en el sofá, leyendo un antiguo libro de magia. Él tiene poderes de fuego, como mi madre, algo más potentes, por lo visto, según ella, no tanto como los que tenían antes de la batalla en la que se los robaron.

—Tráeme una cerveza y haz la cena. Nuestros padres no vienen hoy.

—Tengo un examen mañana.

—¿Y crees que me importa eso? —me mira con el mismo desprecio que mi padre, que no es el suyo.

Me dirijo hacia la cocina sin decir nada más. ¿Para qué? Él tiene cinco años más que yo y es brujo. No vale la pena poner resistencia y de esa manera no suelen pegarme.

Miro en la nevera y hay poca cosa. A mis padres no les gusta mucho la cocina y la mayor parte de las veces, acabo por ir a comprar yo. Esta semana he estado de exámenes en el grado que estoy estudiando.

Preparo unos huevos revueltos con setas y queso y espero que eso sea suficiente para Mathis. Mi madre huyó de París a las afueras de Roma, donde vivimos con mi padre. Creo que él la convenció, no lo sé. Él fue un expulsado, sí, uno de esos ángeles que echaron de Eterna, a saber por qué y se cortaron las alas para no morir cuando el Creador los fulminó a todos.

Cuando nací, tenía muchas expectativas conmigo, pero a mi edad no he desarrollado ningún tipo de poder, por lo que no dejo de ser una boca más que alimentar.

Saco la cena y aunque mi hermano me mira despectivo, toma el plato. Era para repartir, pero se ha apropiado, así que no digo nada. Me comeré una manzana.

Ya no lo soporto más. Ellos no saben nada de mis dones y jamás se los mostraré. Meto mis cosas en una mochila y salgo por la ventana. Tengo dieciocho, no necesito su cuidado. ¿Cuidado? Nunca lo han hecho. Es cierto que mi hermano ya no se atreve a pegarme si está solo, soy tan alto como él y he entrenado con ganas para ser más fuerte, aunque sea de complexión más delgada. Y a mis padres no les va a importar que me vaya.

Mi madre pasa mucho de mí, está bastante ocupada con ese grupo que tienen a las afueras, donde se reúnen. Un par de veces, cuando era más pequeño, fui y no me gustó lo que vi. No sé de dónde sacan el dinero para poder mantener esa casa y no sé si más.

Ayer conseguí un apartamento pequeño, húmedo, cerca de mi trabajo en un restaurante de chico para todo. He ido llevando mis cosas y ya no me queda casi nada. Un día desapareceré del todo de mi casa y no volverán a verme. Pero nunca he sido más feliz. Incluso quedo con los amigos, los compañeros de trabajo, como hoy, que he ido a la discoteca de moda. Me dicen que debo echar un polvo y puede que tengan razón.

Hay muy buen ambiente y de momento me quedo en la barra, tomando una cerveza. La

música cambia y ponen una canción española, idioma que aprendí gracias a una vecina que solía cuidarme cuando era pequeño. Veo un grupo de chicas con un chico que se ponen a bailar en el centro de la pista. Su energía es tan contagiosa que incluso yo me lanzaría. Las miro, son preciosas todas, pero hay una que, por lo que sea, me llama más la atención. Es morena y tiene el cabello largo. Su rostro es ovalado y tiene los más bonitos ojos azules que jamás haya visto. Me roba el aliento verla moverse y bailar, aunque se nota que hace un esfuerzo, porque ella es tímida.

Un tipo se le acerca y veo con enfado que quiere meterle mano. Dejo la botella en la barra y me lanzo hacia ella. Quiero protegerla, quitarle a ese asqueroso de encima. Ella le da un rodillazo, ¡bien hecho! Y después pasa algo raro. El tipo pierde el equilibrio y se agarra a su colgante, arrancándoselo. Doy un paso más y entonces nos quedamos paralizados. Ella mira a su alrededor, sorprendida. Sé que el colgante retenía algo que ella no sabía ni que poseía.

Ponte... El... Colgante...

Consigo decir, no sé si me habrá escuchado, pero ella lo hace y entonces, todo vuelve a la normalidad. Un tipo se cae encima de mí y la pierdo de vista. Veo que el chico que las acompañaba la ha tomado de la cintura y las otras la protegen, con un campo de aire. Una de ellas, quizá todas, sean brujas.

Yo solo sé que voy a encontrarla.

Capítulo 6. El viaje

Estoy inquieta y me muevo en la cama. Esther protesta y decido mantenerme despierta lo que queda de noche. Todos duermen. You ronca ligeramente y sonrío. Me tranquiliza tenerlos allí. Recuerdo que cuando era pequeña, tenía pesadillas. Soñaba que me caía de un enorme edificio y entonces, me sobresaltaba, gritaba y mi hermana acababa por dormir a mi lado. Incluso Lucas, que dormía en la habitación de al lado, pasaba muchas noches a la nuestra. Con ellos, desaparecían. De alguna manera, sentía que iban a venir, que esa noche soñaría con peligro. Hacía años que ya no escuchábamos a nuestra tía fallecida. Eso me hace preguntarme si en algún momento pudimos ser médiums y se pasó. Según mi madre, los niños están conectados con el otro lado del Velo, porque no tienen condicionamientos. Ellas no pueden hacerlo, aunque de pequeñas sí la escucharon.

Un sonido en el balcón me asusta. Me incorporo para investigar. No quiero despertarles si no es nada. De todas formas, estamos en el tercer piso. Puede que sea alguna paloma, espero que no una rata. Me levanto y me calzo con las deportivas. No voy a salir al balcón descalza. Evito el sofá donde mi hermano está desparramado, durmiendo. Miro hacia atrás, las demás también duermen tranquilas.

Abro el balcón y veo la enorme luna que preside el cielo. Respiro tranquila. Puede que haya sido la leve brisa que haya movido las contraventanas de madera. Es un balcón donde no cabe ni una silla y está bastante viejo, aunque tiene su encanto, con barandillas de hierro fundido.

Cuando me voy a meter de nuevo, alguien salta dentro y me tapa la boca para que no grite. Lo miro, aterrada y me revuelvo, reconozco esos ojos oscuros. Los de la discoteca. Apenas distingo sus rasgos, pero es más alto y fuerte.

—*Excusi*, perdona. No grites. No voy a hacerte daño. Quiero avisaros de que estáis en peligro, tú y tus hermanos. ¿Puedo soltarte si no gritas?

Niego con la cabeza y luego asiento. Él parece entender mi confusión y me suelta, alejándose un poco. Es más alto que yo y evidentemente fuerte. Su olor me ha dejado confundida. No debería permitirse esas colonias tan...

—¿Quién eres y por qué estás aquí? —le pregunto, volviendo a mi personalidad sensata.

—No importa quién soy, pero el numerito de la discoteca... bueno, yo no sé *qué* eres, pero has asustado a gente poderosa. Deberíais iros ya de la ciudad.

—¿Cómo nos vamos a ir? Necesitaremos un avión o algo.

—No, es muy tarde. Despierta a tus hermanos, id a la estación y coged el primer tren que salga. Debéis volver a casa, protegeros.

—No lo entiendo... ¿quién quiere hacernos algo?

—Los Oscuros. Mi familia.

—Entonces, si son tu familia, ¿por qué nos ayudas?

El chico se remueve el cabello, y mira hacia la luna. Así distingo su perfil de nariz recta y mandíbula tensa. Su cabello cae largo hasta los hombros y lleva ropa oscura. Se vuelve y acerca su rostro al mío. Lo que veo, me deja sin aliento. Es... hermoso, con una belleza que podría haber tallado Miguel Ángel.

—Porque no estoy de acuerdo con muchas cosas. De verdad... debes irte.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Lucien. Y tú eres Amanda, ¿verdad?

—Sí, pero...

Un ruido sordo se escucha en la habitación y Lucien me mira, asustado.

—Es demasiado tarde. ¿Confías en mí?

—No lo sé, ... ¿qué ocurre?

—Han entrado y no vas a poder hacer nada. Vamos.

Me coge de la cintura y me levanta, como si no pesara nada. Se sube al balcón y salta. Ahogo un grito, pensando que nos vamos a estrellar porque, aunque no muera algo me romperé. Pero él maneja el aire que está debajo de nosotros y aterrizamos con limpieza.

—¿Y mis hermanos?

—Es demasiado tarde. Además, no les harán nada. Te quieren a ti principalmente. Vamos, tengo que ponerte a salvo.

—No, no me iré, tengo que volver.

Tiro de él para soltarme con todas mis fuerzas y entonces él rodea mi cabeza con una burbuja de aire, de la que va extrayendo todo el oxígeno, hasta que empiezo a verlo todo negro y ya no sé qué más ocurre.

Despierto con un enorme dolor de cabeza. Estoy en un lugar oscuro y huele un poco a humedad. El sofá en el que me encuentro, sin embargo, es mullido y cómodo. Todo vuelve a mi memoria y me levanto rápida, aunque me da un mareo y vuelvo a caer sentada. Alguien se acerca con una taza de infusión. Lucien.

—Me has secuestrado. Cuando se entere mi padre o mi tía que es policía, te vas a cagar.

—Creo que antes de llamarles, deberías escucharme. Te he preparado una tisana para el dolor de cabeza.

La deja sobre la mesita de centro y la miro. Si piensa que me la voy a tomar, lo tiene claro. A saber, si está envenenada o lleva alguna sustancia. Él parece entenderme y con un impaciente chasqueo de sus labios, toma un sorbo y me muestra que ha bebido. Podría sentir algo malo por compartir taza, pero ahora que veo su rostro con una luz algo mortecina, compartiría otras cosas, como besos en esos labios gruesos. Bajo la mirada, sonrojada. No sé por qué siento eso.

—Vamos, tómala. Lleva manzanilla, lavanda, valeriana y un toque de jengibre.

—¿Eres brujo o algo?

—Algo —dice sonriendo por primera vez. Me da escalofríos, pero de los buenos. Se sienta enfrente y frota sus manos.

Decido confiar en él y tomo la infusión entre las manos. El primer sorbo es para probar y efectivamente, lleva los ingredientes que él dice. Me hace sentir algo más reconfortada.

—¿Dónde están mis hermanos y mis primas? ¿Qué está pasando?

—El grupo de mi hermano mayor y mi padre los habrá atrapado. Ellos sintieron el pulso, el tuyo, siempre están vigilando. Y vinieron rápido hacia aquí. Yo estaba en la discoteca por casualidad y tuve que informarles cuando me los encontré de frente.

—O sea, ¿que tú nos has vendido?

—Joder, Amanda, yo qué sé. No sabía quién erais. Ahora sí lo sé.

—¿Y qué van a hacer con ellos? ¿Qué quieren? —digo seria, enfadada.

—Después de que las brujas perdieran parte de su poder, nosotros temimos que nos pasara igual. Al fin y al cabo, descendemos de brujas, pero no nos sucedió. Creemos que los de arriba se

centraron en vosotras, en las mujeres. De todas formas, siempre nos hemos escondido, hemos estado en las sombras, de ahí llamarnos brujos oscuros. Aunque yo no quiero formar parte de todo ello.

—No entiendo. ¿Cómo que las brujas perdimos poder? ¿Qué quieres decir con los de arriba?

—¿En serio no sabes nada? —pregunta él atónito. Luego me mira entrecerrando los ojos— ¿Te estás haciendo la tonta? O sea, todas las brujas saben lo que pasó hace dieciocho años.

—Te juro que no sé nada. Ni mis hermanos ni yo. Cuéntamelo o vamos a buscar a mis hermanos ya.

—Te haré un resumen. Y luego te diré por qué no podemos irlos a buscar.

Bufo, indignada, pero me dispongo a escuchar. Si los han atrapado, y tal como me lo dice, no les harán nada.

—Las relaciones de brujas y ángeles no han estado bien vistas desde siempre, sobre todo porque al ser creadas por ellos, cuando se enamoraban y se unían, ellas podían devolver sus poderes, por lo que afectarían al resto de...

—Perdona, perdona —interrumpo confusa—. ¿Has dicho ángeles?

—¿En serio? ¿Tampoco sabes eso? Joder, ¿has estado en un agujero o algo?

Empalidezco. Sí. Hemos estado viviendo en nuestro mundo feliz toda la vida, en la ciudad que nos vio nacer y jamás hemos viajado si no ha sido con nuestros padres. Tampoco solemos relacionarnos con las brujas del coven de Melinda. Veo claramente que nuestros padres nos han mantenido al margen.

—Explícamelo, por favor.

—A ver, resumiendo, los ángeles dieron a las mujeres los dones elementales para defenderse de los hombres que las maltrataban. Esto fue hace cientos de años, si no miles. Pero había una especie de leyenda en la que vendrían cinco brujas y acabarían con Eterna, que es donde viven... bueno, vivían, los ángeles. Por otra parte, estaban los Expulsados, que eran ángeles con alas negras, y que vivían en la Tierra, ya que no podían volver a Eterna. El caso es que algunas de esas brujas se enamoraron de ángeles y al estar las cinco, sus poderes se multiplicaron. Una de ellas, la bruja del éter, subió a Eterna y se produjo una gran lucha. El Creador acabó con todos, brujas, ángeles y expulsados... aunque algunos escaparon. Para evitar que los fulminasen, fueron cortándose las alas...

Ahogo una expresión de horror. Pero él continúa.

—Empezaron una nueva vida. Se unieron a brujas y con el poder residual que tenían, nacieron los brujos oscuros. Yo fui uno de los primeros que nacieron. Mi madre es bruja. Pero cuando se unió a mi padre, un expulsado, ella ya tenía un hijo, mi hermano Mathis, que también tiene algunos dones. Crearon una organización para preservar la magia.

—¿Y para qué quieren a mis hermanos? No lo entiendo.

—Es... algo desagradable... Antes de cortarse las alas, drenaron su sangre, toda la que pudieron. Al final, eran ángeles y tenían mucho poder. Han usado esa sangre para aumentar sus poderes, los de los brujos normales. Pero se está acabando. Solo alguien con mucho poder podría sustituirla.

—¿Quieres decir que nos quieren desangrar?

—Creo que tus hermanos tienen mucho poder, pero tú... eres especial. Lo que hiciste solo puede ser posible si eres una bruja del éter. Y si se enteran, no volverás a ver la luz del día. Te mantendrían encerrada para desangrarte. Lo han hecho con otra mujer que encontraron hace seis años, hasta que murió, enferma y débil.

—¡No puedo creerlo! —digo, levantándome nerviosa.

—Por eso te saqué. Yo no estoy de acuerdo con ello. Me parece horrible.

—Si hubiéramos avisado a mis hermanos, se habrían defendido.

—No creo. Normalmente llevan dardos para dormir y son rápidos. No se habrán enterado de nada. No te preocupes, los quieren vivos.

—¿Dónde están? Debo...

—¿Qué vas a hacer? ¿Ir tu sola? Ni siquiera controlas tus poderes. Podrías matarlos a todos.

—Entonces llamaré a mis padres. Ellos vendrán. —Miro su rostro de culpabilidad y asiente

—. ¿Y quienes eran esas cinco brujas?

—Vivían en un pueblo del sur de España. Creo que se llamaban... no recuerdo... ah sí. Velázquez o algo así, como el pintor.

Me caigo sentada en el sillón, pálida. Las cinco brujas. Mamá, Estela, Carmen, Gala... y esa hermana que dicen que perdieron. La bruja del éter. Y papá, ¿es un ángel? Tío Yotuel, Dariel... por supuesto. No podrían ser más guapos o perfectos. Estoy mareada. ¿Por qué no nos han dicho nada?

—¿Estás bien? ¿Quieres agua?

—No, ¿puedes prestarme tu móvil?

—Claro, llama a tus padres, imagino que ellas serán brujas y quizá podáis contar con el coven de la ciudad. Ya estoy harto de que hagan ... todo eso.

—Gracias, Lucien. Sé que es tu familia.

—Sí, espero que no les hagan daño, de todas formas —se acerca a mí y se sienta, acariciando mi rostro. Nos miramos a los ojos, siento que mi corazón se acelera y luego empieza a palpar al mismo ritmo que el suyo. No sé qué está pasando. Solo querría besarlo, a pesar de las circunstancias.

Por fin, se aparta y busca mi móvil. Mis padres se van a enfurecer. Puede que hoy haya un tsunami en la costa Mediterránea.

Capítulo 7. Noticias.

Marina está inquieta, preparando el desayuno, mientras Ángel procura acariciarla de vez en cuando. Se han levantado muy cariñosos, como casi todos los días. Hacer el amor con su ángel siempre la tranquiliza.

—¿Estarán bien? Me he despertado nerviosa.

—Seguro, tranquila —pero no parece estar convencido. Prepara los cafés mientras Marina pone tostadas en la mesa.

Carmen llega a la casa, vestida de uniforme. Ellos viven dos casas más allá y suele pasarse cada día a verlos.

—¿Has dormido bien? —dice. Ella también tiene ojeras.

—No. Creo que... algo no va bien.

Estela abre la puerta y entra deprimida. Su rostro es tan serio como el nuestro. Dariel va tras ella y mira a su hermano.

—Yotuel viene para aquí, que tenía guardia —dice Carmen—. Estoy segura de que algo no va bien. Lo siento en... donde sea.

—Son las siete de la mañana, hora de llamarlos —dice Marina dispuesta a hacerlo. Coge su móvil y marca, nadie contesta. Probamos con todos los números, con los cinco.

—¿Es que están durmiendo la mona y no cogen el teléfono? —sugiere Carmen, pero su rostro es más que serio.

Una llamada nos sobresalta. Es un número desconocido y Ángel pone el altavoz.

—¿Quién es?

—Papá, tienes que ayudarnos, por favor.

—Amy, tranquilízate y cuéntame que pasa. Estamos todos aquí. ¿Estáis bien?

—No no, se han llevado a los demás. Me he salvado por los pelos... bueno porque un chico me ayudó y me quitó el colgante.... Todo ha sido un desastre.

Se miran asustados. Se sientan, abrumados por las noticias.

—A ver, Amanda, cuéntanos paso a paso todo lo que ha ocurrido.

La chica explica todo y cada vez se van poniendo más pálidos. Carmen aprieta los puños al saber que han raptado a su hija y Amanda acaba llorando.

—Ese chico, Lucien, ¿es de fiar? —pregunta Ángel que lucha por mantener la calma. Todos, hasta Yotuel, que ha llegado, tienen las manos sobre sus esposas, para tranquilizarlas y que no se produzca un desastre natural.

—Creo que sí. Él me ha salvado y me ha dejado llamaros. No está de acuerdo con lo que hacen.

—Está bien. Escucha. Vamos a reservar un avión y en unas horas estaremos allí. Quédate escondida y no te quites el colgante. Llamaremos a Farid y a los abuelos. Tal vez incluso lleguen antes.

—¿De verdad sois ángeles? O sea...

—Lo fuimos —contesta Ángel pesaroso—, pero os merecéis que os expliquemos todo cuando volváis a casa.

—Tal vez si lo hubiéramos sabido antes, no habría pasado esto.

—Tienes razón —interrumpe Carmen—, aunque ahora hay que pensar en lo que hay que

hacer a continuación. Mándanos la dirección de la casa donde estáis y no te muevas de donde estés. ¿Entendido, sobrina?

—Sí, aunque no sé dónde estoy.

Carmen llama por teléfono y habla con un compañero para que le localice la llamada. Tiene que usar un poco de su *influencia* para que el tipo acepte sin una orden del juez.

—Quédate escondida, por favor —suplica Marina que llora sin parar—, no hagas nada. Llegaremos pronto.

—Claro, os espero. Venid lo antes posible.

Después de una despedida, cuelgan y se miran. Estela llama a Farid y le explica todo. Prometen viajar a Roma, pero son como mínimo tres horas de vuelo, eso si consiguen uno que salga ya...

Todos se van a sus casas para coger una bolsa y Marina baja al sótano para recoger algunos rituales. Sus manos tiemblan y Ángel debe ayudarle porque ya ha tirado tres frascos.

—Marina. Es importante que mantengas la calma. Por nuestros hijos.

—Lo sé, lo sé. Tiene razón Carmen, debimos...

—No vale la pena pensar en lo que debimos hacer. Coge lo imprescindible, nos vamos al aeropuerto.

Terminan de hacer la bolsa y aparece Carmen, ya sin uniforme y con el rostro demudado.

—Hay huelga en el aeropuerto. No podremos tomar un avión.

—¿Uno privado? —dice Marina. Ella niega.

—Huelga de controladores. Servicios mínimos. No nos dejarán despegar.

—¿Si usamos nuestra *influencia*?

—Podría ser. Vamos a ver otras opciones —contesta Ángel. Marina lo mira otra vez llorosa. Estudian los trenes y ven que hay uno que va hacia el sur de Francia.

—¡Son quince horas! —dice Estela que ya ha venido.

—Si pudiéramos volar... —dice Yotuel desanimado.

—Tomaremos el tren y como Amanda ha prometido esconderse y seguro que no les harán nada a los demás, llegaremos. Farid llegará antes y se reunirá con ella —dice Ángel.

Toman dos coches y se dirigen a la estación, los dejan en el parking y suben en el tren de milagro, estaba a punto de salir.

—¿Llamas a Amanda? —suplica Marina.

Ángel marca, pero no contestan y su rostro empalidece. Están encerrados en un vagón, sin perspectivas de llegar pronto y sin saber qué es de sus hijos.

—Farid me ha enviado un mensaje —dice Estela—, ya están los tres en el avión hacia Roma. Le he enviado las coordenadas del móvil.

—Según la aplicación, sigue en la misma ubicación. Puede que no lo hayan escuchado, o que...

—Voy a por unos cafés, creo que los necesitaremos —dice Yotuel levantándose. Dariel lo acompaña, porque Ángel no suelta a Marina. Mira a Carmen, que se muerde los labios. A pesar de su impulsivo carácter, parece controlarse más que la bruja de agua. Estela está pálida y seria, llamando a su hija. Nadie contesta.

Después de cuatro angustiosas horas, Farid llama por teléfono para informar.

—No estaban en el lugar. Sí el móvil, pero ellos no. No los encontramos. Allegra ha cogido una prenda del chico y nos vamos al hotel, para hacer un ritual de localización. Os mantendré informados.

Las noticias no son buenas y Marina respira agitada. Ángel la abraza porque la botella de

agua comienza a burbujear. Ella lo agradece. Estela saca un par de pastillas para dormir y las toma, dócil. En esos momentos de tensión, no puede controlarse.

Se queda medio adormilada, apoyada en el hombro de su esposo y todos respiran más tranquilos. Las horas pasan y Farid vuelve a llamar.

—Buenas noticias. Ellos estuvieron aquí y creemos que están en una casa a las afueras. También hemos localizado a los demás. Hay un pequeño palacete al norte de Roma, en una gran finca y sin duda están allí.

—De momento, id por Amanda y ese chico y esperadnos. No entréis los tres sin refuerzos. No sabemos cuántos magos habrá y al fin y al cabo... aunque seáis fuertes...

—No te preocupes. Allegra ha contactado con una bruja y nos van a ayudar. Pero os esperaremos. Te aviso cuando tenga a Amanda.

Respiran tranquilos y, a la vez, impacientes por llegar a Francia. Quedan un par de horas y Estela ha conseguido unos pasajes para Roma. En menos de cuatro horas estarán allí. Carmen suspira y mira a los demás.

—No les voy a dejar viajar en su vida. Los voy a encerrar en casa, en el calabozo si hace falta.

—No seas tan dura —dice Yotuel—, ellos no son responsables.

—Lo sé, me da igual. No van a salir de casa en su vida.

Yotuel acaricia el sonrojado rostro de su esposa y asiente. Él está tan serio como los demás. Ángel va a por unos bocadillos al vagón restaurante. Aunque no tengan hambre, deben alimentarse para no perder la fuerza.

Los comen por rutina, por costumbre, sin ningún apetito. Incluso Carmen se obliga a tragar.

Están esperando la llamada de su hermano. Él era un Mayor que renunció a las alas y a sus poderes para no tener problema, pero en esos momentos, serían muy útiles para ir rápido y también para fulminar a todos esos delincuentes que tienen a sus hijos.

Farid no se ha casado, ni le conocían alguna relación. Se entregó a las buenas causas y después de estudiar derecho internacional, acabó en el gobierno de Jordania. Nadie dudaría de sus dones diplomáticos, desde luego.

Una llamada los sobresalta y Estela descuelga, esperando buenas noticias.

—La hemos encontrado y... bueno, ella está distinta.

Capítulo 8. Cambios

Lucien saca de la nevera media pieza de salami y unas tostadas, que reparte conmigo. Claramente se siente culpable, pero yo no lo odio. Comemos en silencio hasta que se me ocurre algo.

—Voy a volver al hotel, para buscar alguna prenda de mis hermanos y localizarlos.

—Tu padre dijo que te quedaras aquí.

—Bueno, haré lo que quiera y tú no puedes impedírmelo.

Me levanto, todavía mareada y Lucien se pone delante de mí sin tocarme. Me mira de forma tan intensa que me pierdo en sus ojos, en sus labios entreabiertos. Él levanta la mano y acaricia mi hombro y un calambre intenso me recorre, pero no de dolor. Por fin, Lucien apoya su frente en la mía y suspira.

—Está bien. Te acompañaré.

—Gracias por todo lo que estás haciendo —digo y oigo que murmura algo, aunque no logro entenderlo.

Salimos de su pequeño pisito, situado en un sótano de una casa del centro de Roma. Tiene una vespa en la puerta, de color negro y saca dos cascos del maletero. Antes de ponérselos, me mira.

—Iremos al hotel, recogemos las cosas de tus hermanos y nos vamos lo antes posible. Si quieres hacer un hechizo de invocación o de localización, te llevaré a otro sitio, uno especial. Conozco el lugar perfecto.

—Está bien. Yo tampoco quiero provocar un desastre.

Suspira, se pone el casco y me monto detrás con el mío. Me agarro a su cintura y noto que sus músculos abdominales se contraen. Arranca bruscamente y tengo que apretarme. La corriente que pasa entre ambos no es normal y creo que él también la siente. Me ha prestado una camiseta y ya no parece que voy en pijama. A pesar de la tela, siento los músculos de su espalda, podría contarlos. Es como... si me hubiera fundido con él.

Llegamos al hotel y él jadea, como si hubiera venido corriendo. Desmonto y me quito el casco. Él también se lo ha quitado y me mira de forma muy intensa, sin poder reaccionar.

—Vamos dentro.

Conseguimos la llave del apartamento y entramos. Las camas están revueltas ya que no ha pasado la limpieza, por el cartel de no molestar que hay en la puerta. Reviso todo. Los bolsos no están, ni tampoco los móviles, pero sí hay ropa tirada por el suelo. Cojo una prenda de cada uno, preocupada y aprovecho para vestirme.

—¿Quieres llamar a tus padres?

Lucien se echa la mano a su bolsillo y parece contrariado.

—Me lo he dejado en mi piso. Deberíamos volver para estar localizados.

—No. Vamos a hacer el ritual de localización. Es lo primero y luego vamos a por el móvil.

—Como quieras.

Meto todo en una mochila y salimos de la habitación, sin quitar el cartel de no molesten. Nos montamos de nuevo en la vespa y otra vez esa sensación de conexión que no logro comprender. Lucien me lleva a las catacumbas de Domitila.

—Son un lugar de enterramiento cristiano, pero también pagano. Y es por eso por lo que

acumulan mucha energía. Debajo de la Basílica de los Santos Nereo y Aquileo, hay una zona que hemos usado para cargar y amplificar nuestros hechizos. Tal vez eso ayude a localizar a tus hermanos.

—No sé por qué haces todo esto, pero gracias —digo y él me observa con tal intensidad que me siento mareada.

—Entremos.

Se gira sin decirme nada más y lo sigo. Parece conocer al guardia de seguridad, que no pone impedimento. Bajamos unas escaleras de piedra y dejamos a un lado la zona más turística. Atravesamos un cordón y me lleva por un pasillo estrecho con huecos a ambos lados, donde estarían las tumbas. Huele a humedad, a tierra y a un olor dulzón que imagino que será la descomposición de algún cuerpo, aunque no parece que haya realmente nadie enterrado. Me lleva por varios pasillos hasta llegar a un espacio redondeado, con una mesa y tierra fresca en el suelo. Hay velas usadas y la superficie está aplanada.

—No necesitas tiza para hacer los círculos. Usamos una varilla consagrada.

Se acerca a uno de los huecos en la pared y saca un palo más o menos recto con una punta de cuarzo negro. Me lo da, nervioso.

—Gracias, Lucien. Haré un círculo protector primero, ¿de acuerdo?

Me pongo manos a la obra. Y sí, voy a hacer un círculo protector porque, si quiero encontrar a mi familia, me tengo que quitar el colgante, si no, no tendré la magia suficiente. Y no quiero que le pase nada a Lucien.

Comienzo a trazar el círculo, recitando las salmodias que hemos aprendido desde pequeñas. Lucien me da un saco con sal de hierbas, que sirve para reforzar la protección. También tengo un pequeño mapa usado que he puesto en el centro del círculo.

Me siento, con el péndulo que también me ha prestado y lo hago mío. Lo tomo con mis dos manos para darle mi energía particular. Es un péndulo de obsidiana negra y al principio, parece que se resiste a mí. Se pone caliente, pero no cedo, hasta que la piedra vuelve a quedarse fría.

Ya tengo todo preparado, mientras Lucien observa mis movimientos. Se ve nervioso. Puede que haya adivinado lo que voy a hacer, lo que tengo que hacer. Y agradezco que no me lo esté impidiendo. Jadea cuando ve que me lo voy a quitar, pero lo acepta.

El sonido no es tan aturdidor como en la discoteca, a pesar de que noto cierta energía subyacente, como si todavía quedase algo de los enterrados. Decido apartarla de mi cabeza. Miro a Lucien que me observa con diferentes sentimientos. Lo leo. Admiración, miedo y... ¿amor? ¿Es posible? Lo quito de mi mente que todavía da vueltas. Supongo que, de alguna forma el círculo está conteniendo la energía y no me vuelve loca.

Cojo las prendas de mis hermanos y coloco el péndulo que va directo, casi sin preguntar a un lugar del norte. Lucien se asoma y asiente con la cabeza. Lo conoce.

Dejo caer las cosas y me pregunto qué pasaría si no me pusiera el colgante. Tal vez sea necesario.

—¿Lo vas a hacer? —dice Lucien como si supiera.

—Sí. ¿Me ayudarás?

—Siempre —dice convencido, y vuelvo a leer sus emociones confusas e intensas hacia mí. No quiero ser indiscreta así que las aparto de mi mente. Parece que no es tan difícil encerrar las cosas en algún tipo de compartimento...

—Rompe el círculo y mantén el amuleto cerca, por si debes ponértelo otra vez.

Asiento y me levanto sin ninguna dificultad, como si fuera más ágil que nadie. Sonrío pensando en Sara cuando me vea. Comienzo a deshacer el círculo y entonces me veo de nuevo

avasallada por voces, emociones y casi caigo, hasta que Lucien me sostiene y me abraza. Eso me calma. Me centro en el latir apresurado de su corazón y empiezo a distribuir las voces en armarios, hasta que queda una sala despejada. Una sala que me recuerda al salón de casa.

—¿Mejor?

—Sí, creo que lo voy...controlando.

—He visto el lugar. Es una de las casas que tiene el grupo. Pensé que estarían en otra, pero no, las han llevado al palacio.

—¿Y eso es malo? —pregunto sabiendo que él lo piensa.

—Sí, porque van directos al drenaje.

—Tenemos que encontrarlos ya.

—Escucha, Amy, ellos son muchos y, aunque seas lo que parece ser, no podrás con todos. Necesitaríamos más ayuda.

—Mis padres vienen hacia aquí. Puede que hayan llamado a mi tío y a mis abuelos.

—Vayamos primero a casa, cogemos mi móvil y hablas con tus padres. Estarán preocupados. Luego iremos hacia allá. La finca es enorme y hay zonas por las que se puede entrar que no están vigiladas. Yo solía escaparme. Estuve allí viviendo solo unos meses.

—¿Eras un niño travieso?

—En realidad no. Mi padre y mi hermano... eran muy duros conmigo. A veces..., bueno son cosas que pasaron.

—¿Te pegaban? —Leo en su mente. Él asiente.

—Ya no, cuando me hice más grande y fuerte que ellos. Creo que les decepcioné por no ser lo que esperaban. Pero dejé de estar con ellos y me vine a vivir al centro. Me gustaría estudiar algo, ¿sabes? Aunque no tengo dinero para pagarme la universidad. Trabajo en un restaurante. O trabajaba, seguro que me despiden.

—Lo siento, Lucien. Cuando todo acabe... tal vez quieras venir conmigo. Mi padre tiene un restaurante y...

—Amy —dice tomando mi barbilla. Creo que me quiere besar, pero se retrae—, ya pensaremos qué hacer cuando todo esto acabe.

—De acuerdo.

Nos acercamos a su casa, cuando Lucien ve un par de tipos del grupo de su familia y nos desviamos. Nos quedaremos sin móvil de momento. Conduce su vespa hacia las afueras de Roma. Me aferro a su cintura mirando nuestro alrededor. Estoy algo mareada porque las voces siguen asaltando mi mente, aunque de alguna forma, logro hacerlas pasar directamente a los armarios. No sé qué pasa, pero me siento poderosa, algo que nunca había percibido en mí. Me recuesto contra la espalda de Lucien. Ojalá fuera un simple paseo con alguien que he conocido, que nos gustamos. Ojalá pudiéramos disfrutar solo de nuestra compañía. Y espero sinceramente que así sea, cuando... acabe todo.

La finca es enorme, la bordeamos con la moto y paramos en un lateral, donde está la caseta del guarda, aunque no hay nadie. Se ha hecho de noche, la luna luce en todo su esplendor. Si van a hacer un ritual, sin duda será hoy. Quedan dos horas y media para las doce, la hora mágica.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunta Lucien—, porque esto está lleno de gente. No creo que podamos con todos, Amy.

—No sabes cuántos habrá ¿no?

—Ni idea. En el grupo son más de cincuenta, pero a saber. Hace meses que no voy a la casa.

—Déjame probar algo.

Me siento en el centro de la pequeña habitación y cierro los ojos. Imagino que mi mente está hecha con tentáculos que se extienden desde mi cabeza, como Medusa. Esos apéndices viajan por el aire, atraviesan el jardín y llegan a la casa. Me siento flotar y creo que es así, creo que estoy flotando en medio de la habitación.

Lo importante es que estoy detectando a todas las personas de la casa, veintisiete brujos y ¡por fin!, encuentro a mis hermanos. Parecen estar bien, aunque no noto sus mentes muy despiertas. Puede que los hayan drogado.

Vuelvo a mi mente y abro los ojos. Lucien está con las manos en posición de ataque, mientras tres personas miran atónitas cómo descendiendo al suelo.

—¡Abuelos! ¿Tío Farid? ¡Habéis venido!

Capítulo 9. Es algo más

Cuando decide ir a buscar a sus hermanos, sé que la seguiré allá donde vaya. Sus labios me llaman y deseo unirme a ella. Jamás me había pasado esto. Y al montar en la moto, me recorre el cuerpo una energía distinta, algo que incluso hace que me sienta excitado. Quiero unirme a ella del todo, ser uno. Ella se recuesta en mi espalda, como si no nos acabásemos de conocer, como si hubiera algo que nos une.

Y después, al hacer el ritual siento que es muy poderosa. Tal vez pueda confesarle mi caso. Mis circunstancias tan... peculiares. No sé si las aceptará, aunque siendo una bruja del éter, su vida será complicada y peligrosa.

La furia me recorre mientras la veo usar el péndulo. Jamás dejaré que le hagan nada, pero parece decidida a buscar a sus hermanos y la entiendo. Si mi familia fuera... distinta, yo también haría lo que fuera por ellos.

Ahora ella es mi familia. Y moriré por ella si es necesario.

Ya en la caseta del guarda, la veo hacer un ritual y elevarse del suelo, algo que me asombra e inquieta, hasta que un ruido en la puerta me sobresalta. Un hombre de cabellos rubios y una pareja de unos sesenta aparecen en la casa y se quedan parados, viendo a Amanda, que desciende al suelo. Me preparo para defenderla como sea.

Capítulo 10. Reunión familiar

—Baja las manos, Lucien, son mi familia —digo acercándome a mi brujo. Sí, mi brujo.

Mi abuela se lanza a mis brazos y siento el amor y el alivio por todos sus poros. También mi abuelo me abraza y reconozco su pasado angélico, el mismo que el de mi tío Farid.

—Nos debéis muchas explicaciones —digo apartándome de ellos. Parecen avergonzados. Les comento la situación.

—Voy a llamar a tus padres —dice Farid mientras marca el teléfono de su hermana favorita, Estela. Lo escuchamos hablar.

—Sí, la hemos encontrado y... bueno, ella está distinta.... La casa sí, también. Dice que los demás están bien.... ¿Qué cómo lo sabe? Imagina, ha despertado y es como Andy, al parecer... está bien, os esperaremos.

Farid cuelga y lo miro, enfadada. Entro en su mente sin ningún reparo y veo toda la historia de Andy, de mi tía. Él lucha contra mi intrusión y me echa.

—No vuelvas a hacerlo —me riñe. Yo estoy a punto de echarme a llorar. La vi morir y es como si hubiera visto morir a mi madre.

—Tendréis que darme explicaciones que justifiquen todo esto —digo furiosa. Lucien pone la mano en mi hombro y respiro más tranquila.

—Debemos esperar a que vengan tus padres. Si hay tantos brujos nosotros no podremos con ellos. Y aunque viene un coven para aquí, no habrá más de diez brujas. Lo siento, Amanda, esperaremos a tu madre y tus tías —dice Allegra firme.

Me vuelvo, enfadada, pero sé que es lo que debemos hacer, por mucho que me fastidie. David, mi abuelo, se acerca a Lucien con el rostro serio y le pide explicaciones.

Él le cuenta lo mismo que me contó a mí y mi abuelo se disgusta.

—Están jugando con fuego —acaba diciendo—, si el Creador se entera, puede que los fulmine, sin más.

—Ese Creador hace mucho que nos abandonó —contesta enfadado Farid—, tuvo la crueldad de acabar con todos los ángeles y los expulsados, sin dar pie a, no sé, retirarlos en la Tierra, aunque hubiera sido borrándoles la memoria. Les quitó a las brujas parte de su poder. No, yo no quiero saber nada de Él.

Allegra abraza a su hijo y David también. Farid no es tan alto como su padre, pero es igualmente perfecto como los ángeles, a pesar de la cicatriz que recorre su rostro y que leo que fue causada en la batalla final.

—Tus padres llegarán en menos de tres horas. Quedémonos aquí si es posible y esperemos a que lleguen. Ellos están acostumbrados a luchar. No quiero saber qué serán capaces de hacer —me dice mi abuela.

—Un momento —dice Lucien—, os he traído hasta aquí para salvar a vuestra familia, pero no para asesinar a la mía. Allí dentro tengo un hermano, está mi padre y mi madre, mis tíos y primos. Si no prometen no hacerles daño, los avisaré. Aunque ellos no se hayan comportado bien, no quiero que mueran.

Me giro, dolida, pero lo entiendo. Es su familia.

—Por supuesto, muchacho —dice mi abuelo—, haremos las cosas bien, por lo menos al principio. No obstante si ellos presentan batalla...

Lucien asiente y va hacia la cocina para preparar unos cafés. Yo estoy impaciente por entrar, pero acabo sentada en un pequeño sofá. Mi tío se sienta a mi lado.

—¿Así que bruja del éter? Vaya con la pequeña Amanda.

—Ya ves —digo y noto que hay algo que me oculta—. ¿Qué es lo que no me quieres decir?

—Vaya, sí que eres poderosa. Yo... bueno. De pequeña pasó algo. Tal vez las tengas todavía, no lo sé.

—Tener ¿el qué? —Estoy confusa. Él ha protegido su mente y no logro ver nada.

—Alas. Alas de ángel.

Me quedo callada por un momento. Abro la boca para decir algo, pero no sale nada. Lucien, que regresaba con cafés, está quieto, mirándome con el rostro desencajado.

—¿Me tomas el pelo? —consigo decir.

—Prueba. Solo siéntelas. Ponte de pie y piensa en ellas, en extenderlas.

—No me lo creo...

—Hija, de pequeña las tenías —dice mi abuela con cariño.

Me levanto como un resorte y los miro. Lucien sigue de pie con los cafés en las manos, sin moverse excepto por un ligero temblor. Me aparto un poco de los demás y cierro los ojos. Pienso en que sí, me gustaría tener alas, tal vez unas preciosas alas blancas de ángel, algo que me permitiera volar y Escucho las tazas caer al suelo y me salpica el café caliente. Abro los ojos y veo a los cuatro que me miran con la boca abierta. Vuelvo la cabeza y veo que sí, dos apéndices, dos alas preciosas de color blanco grisáceo han salido de mi espalda. No son muy largas, pero creo que podrían llevarme.

—¡Joder! —exclama Lucien.

Las muevo suavemente, provocando una pequeña corriente de aire en la habitación y me río tontamente. Lucien inspira el aire y deja caer los brazos que todavía estaban tensos. Mis abuelos me miran orgullosos y mi tío, preocupado.

—Esto es un problema, Amy —dice Farid—. Si se enteran de que todavía quedan ángeles, puede ser un desastre. Alguien querrá tu sangre...

—Yo... —dice Lucien—, yo quiero decirles algo. Además de que mi padre me pegaba... otra de las razones por las que me fui es esta...

Lo miramos y vemos que dos alas oscuras salen de su espalda por debajo de su camiseta.

—¡Joder! —exclaman mis abuelos y mis tíos a la vez.

Sonrío y lo miro. Me veo volando con él, uniéndonos para siempre. Dos seres iguales, luz y oscuridad juntos.

—Estamos jodidos —dice mi tío—. Escondedlas, por favor.

Cierro los ojos y siento que desaparecen. Cuando los abro, Lucien me sonrío. Quiero atravesar la habitación y besarlo, pero no quedaría bien delante de mis abuelos.

—Esto es muy serio. ¿Cómo es que tú...?

—Mi padre es un expulsado que se cortó las alas. Bueno, puede que antes de ello, se acostara con mi madre, no lo sé. Nunca me lo han dicho. Ellos debían esperar que fuera especial, pero nunca se las mostré. A los diecisiete simplemente salieron.

Veo que disimula una mueca de dolor, pero no quiero meterme en su mente ni indagar cosas privadas. Si quiere, ya me las contará.

—Hiciste bien, hijo —dice Farid. Se sienta, agotado en su joven edad—. Tenemos que pensar nuestros siguientes pasos. Igualmente esperaremos a que vengan todos.

—Voy a preparar más café —suspira Lucien mirando el que ha caído al suelo.

—Te acompaño.

Mi abuela me mira suspicaz, pero me da igual. Voy tras Lucien y él busca otras tazas mientras yo preparo la cafetera. Nuestras miradas se unen por un momento y poco a poco nos acercamos.

Siento como si me atrajera, como si fuera un imán. Miro sus labios y los quiero junto a los míos. Me toma de la cintura y yo paso los brazos por su nuca. Acaricio sus rizos y se acerca a mí. Cuando él me besa, un estallido de energía me empuja hacia atrás y mientras caigo al suelo, veo que él también está cayendo, desmayado.

Capítulo 11. Malos recuerdos

Recordar ese aciago día, a los diecisiete, me ha entristecido bastante. Es cuando me di cuenta de que definitivamente no pintaba nada en esa casa. Dudé, claro que sí, pensando en que si les decía que habían brotado alas y que tenía poderes de aire, me amarían, me apreciarían, pero algo, llámalo instinto, me lo impidió.

Y gracias a ello estoy vivo. Esos días estábamos viviendo en esa lujosa casa a las afueras. Yo no comprendía cómo consiguieron tanto dinero, pero cuando vi la cantidad de brujas y expulsados que se reunieron ese verano, lo vi claro. Una organización de brujos oscuros en la que mi padre era el líder.

Una de las brujas, una mujer bastante desagradable a la que le faltaban algunos dientes, empezó a mirarme. Yo estaba, como siempre, trabajando allí, sirviéndoles los cafés y lo que necesitaban. No valía para otra cosa, según mi hermano.

Esa bruja parecía tener cierta obsesión y me buscaba. Incluso Mathis me dijo que debía querer mi cuerpo para follar, algo asqueroso. No solo porque la mujer fuera bastante mayor, que debía de tener cerca de los setenta, sino que su aspecto era repulsivo. Su escaso cabello rubio caía entremezclado con las canas y tenía el rostro marcado. Me enteré de que había hecho muchos experimentos para recobrar su poder y que eso le había machacado el cuerpo. Pero ¿por qué no me dejaba de mirar?

Subí a la azotea para descansar un raro. La casa palacio era enorme y tenía una zona de terraza exterior al lado del tejado a dos aguas. Allí no solía subir nadie y por eso me gustaba.

Descansé, sentado en el balcón de piedra mirando la fresca noche. Escuché un ruido y allí estaba.

—¿Qué quiere?

—No me engañas, jovencito, eres especial.

—Déjeme en paz, yo no soy nada.

—Yo sé que sí. Toma.

Acercó su mano llena de manchas oscuras y me quiso dar un amuleto, pero yo no lo cogí. Sabía de brujas que anulaban la voluntad de los demás con rituales. Me alejé de ella, pero me siguió.

Salí del balcón y empecé a caminar por el tejado. Ella no me siguió y me miró con fastidio y luego con una sonrisa cruel. Hizo algo con la mano y una corriente de aire me empujó y caí por el tejado. La casa tenía una altura de cuatro pisos y probablemente, si caía no me iba a matar, pero no acabaría bien.

—Tienes poderes, sálvate —me dijo ella y se metió dentro.

Estaba sujeto de uno de los relieves del tejado. Miré hacia abajo, buscando un lugar donde caer. No alcanzaba el balcón más cercano. Iba a precipitarme al vacío y mis padres ni se enterarían. Cuando lo hicieran, no creo que me cuidasen. Empecé a sudar, intentando avanzar hacia un lado, balanceando mi cuerpo para tomar impulso. Este año había dado el estirón y a no me encontraba cómodo con mi cuerpo.

Me acerqué al balcón de una de las habitaciones del cuarto piso y entonces, mis manos humedecidas resbalaron. Iba a caer y no saldría bien parado. No grité, solo me preparé para el golpe. Pero, justo antes de besar el suelo, se desplegaron. Sí, dos alas oscuras aparecieron. Me fui

corriendo. Sabía que más tarde o más temprano tendría que irme de casa. Ellos hablaban de buscar y desangrar ángeles caídos y justamente, era uno de ellos.

Capítulo 9. El primer beso

Un zumbido me atraviesa la cabeza. Escucho todo tipo de voces. Algunas están airadas, otras susurran. Los pensamientos de los demás se entremezclan con los míos hasta que empiezo a poner orden. Voy distribuyendo por habitaciones, van quedando encerrados, y consigo poner mi mente en blanco. Respiro hondo y abro los ojos.

Mi abuela me mira fijamente y pone un paño frío sobre mi cabeza. Parpadeo. Veo puntos brillantes a su alrededor. Es tan bonito... debe de ser su aura.

—Cariño, ¿estás bien? —dice el abuelo David tomándome de la mano. Su aura brilla todavía más.

—Sí. Bien. —Recuerdo lo que ha pasado e intento incorporarme—. ¿Dónde está Lucien?

—Tranquila, está bien —dice mi abuelo con un gesto que no es muy amable—. Lo está atendiendo Farid.

—¿Te ha... te ha besado? —pregunta mi abuela. Mi sonrojo ya le da la respuesta y ella chasquea la boca, fastidiada.

—Igual que su madre —suspira mi abuelo.

—¿Igual en qué? ¿Qué ocurre? ¿Es que no puedo besar a alguien o qué?

—Sí, cariño, supongo que ya no querrás besar a nadie más después de él —sonríe mi abuela—. Me voy a divertir mucho cuando tu padre se entere de que has encontrado a tu llama gemela. Espero que no quiera darle una paliza o algo así.

—Que se pruebe —digo furiosa y me levanto, apartando a mis abuelos y buscándolo con una sensación de urgencia. Está sentado en una de las sillas, con el rostro caído. Cuando me acerco, levanta la cabeza y su rostro se ilumina al verme.

—Lucien...

—¿Estás bien? —dice acercándose a mí—. Tu abuelo quería... literalmente dijo «cortarme las pelotas».

Sonrío y le abrazo. No sé exactamente qué es una llama gemela, pero puedo imaginármelo. Solo quiero estar con él, aunque no me atrevo a besarlo, por si acaso... nos volvemos a desmayar.

Farid suspira y nos mira como si le diéramos pena. Lucien acaricia mi rostro y me da un pequeño beso en la nariz. Su mirada ya no es hosca ni desconfiada. Siento que él me ve como soy, me ama como soy.

—Bueno, parejita. Tus padres llegan en breve y habrá que explicárselo despacio, ya sabes cómo es Ángel y eres su niña pequeña —dice el abuelo demasiado sonriente. Parece que le hace mucha gracia, después de todo.

Se escucha un ruido en el exterior y Lucien se pone delante de mí, para protegerme, de forma instantánea. Yo no sé qué es lo que puedo hacer, aunque pienso que no estoy indefensa. Siento el aura de mi familia y sonrío.

—Son ellos.

Voy hacia la puerta y la abro antes de que se acerquen. Mi madre corre y me abraza tan fuerte que siento todo su amor, sus pensamientos de preocupación, dolor y algo de culpabilidad. Luego me abraza mi padre, más sereno y curioso, mirando a Lucien que está detrás de mí.

Mis tíos me abrazan y siento su aura familiar que tanto me agrada. Es como cuando entras

en casa y están guisando tu plato favorito, la misma sensación.

—Vaya, Amy, estás... diferente —dice mi tía Carmen, mirándome de arriba abajo.

—¿Cómo te sientes? —dice mi madre, mirándome con atención mientras mi padre se lleva a Lucien a hablar aparte. Lo miro de reojo y veo que no le va a hacer nada. Quiere interrogarle. Mi chico es casi tan alto como mi padre, algo más delgado, pero estoy segura de que, si hiciera falta, se enfrentaría a él. Mi abuelo empieza la explicación.

—Y ese chico, Lucien... ¿qué es? —pregunta mi tía Estela.

—Es algo... tiene alas negras, o sea... las mías son como gris claro.

—Uy, eso tengo que verlo, sácalas, sácalas —dice mi tía Carmen. Me río porque Sara hubiera hecho exactamente lo mismo.

Me levanto y cierro los ojos, de repente, escucho expresiones de asombro. Mi padre está mirándome con una sonrisa de orgullo y mi madre, en cambio, se ve preocupada.

—No voy a ser como Andy, mamá. No quiero acabar con la humanidad o con alguna raza —digo tranquilizándola, pero eso no lo hace, se pone más tensa. Recojo las alas y me siento con ellas.

—Perdona, hija. Es que...

—Sí, sé que lo pasaste muy mal. No te preocupes. Por cierto, Lucien... es mi llama.

—¿Qué? —exclama mi madre y se levanta, mirando a mi chico con el rostro enfurecido —. Pero si es la primera vez que sales de casa, por Dios.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi padre. Me levanto y me acerco a Lucien, lo tomo de la mano y miramos a nuestra familia. Mi tía Carmen está aguantándose la risa, igual que Yotuel y Dariel. Estela está sin palabras.

—Tu hija, y ese chico. ¡Son llamas!

—No puede ser —se gira con brusquedad mi padre. Da un paso hacia Lucien y mi abuelo lo para.

—Esto es así y lo sabes. Así que aguántate.

—Acaba de cumplir dieciocho —gruñe mi padre. Nunca lo había visto tan furioso.

—¿Y cuántos años teníamos Estela o yo? —contesta Carmen—. Venga, hombre, si se les ve tan... monos.

—Joder.

Mi padre sale de la casa, seguido de mi madre y sé que ambos tienen que asimilarlo. Mientras tanto, yo no lo suelto de la mano. Los demás se sientan alrededor de la mesa, se ven cansados.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta mi abuela. Carmen suspira.

—Agotador. Muchísimas horas de tren y luego un avión horrible. Pero aquí estamos. ¿Cuál es el plan?

—Yo había pensado entregarme y de esa manera, podría liberar a mis hermanos. Lucien puede llevarme, como si me hubiera atrapado. Él dice que quizá podría hacer entrar en razón a su familia.

—¿Estás seguro, muchacho? —pregunta mi abuelo. Se ha sentado, cansado. Mis padres entran, más calmados.

—Hay que atacar directamente y liberar a nuestros hijos. Falta una hora para la luna llena y si van a hacer algún tipo de ritual, como nos ha explicado Amy, lo harán entonces. No permitiré que desangren a mis hijos —exclama mi padre.

—Los he traído hasta aquí con la condición de que no asesinen a nadie...

—Si no es en defensa propia —interrumpe Carmen.

—Solo queremos liberar a nuestros hijos —dice Yotuel—, no queremos guerras ni luchas. Si ellos accedieran, nos iríamos sin derramar una gota de sangre. Pero ¿crees que accederán?

Lucien baja la cabeza y después niega.

—Conociendo a mi padre, no creo. Le dolió demasiado tener que cortarse las alas y perder el poder que tenía. Ha recuperado algo, no es del todo humano, y no creo que quiera dejarlo. Pero me gustaría intentarlo.

—Es decir, que por mucho que liberemos a los chicos, seguirá raptando a otras brujas, ¿no? —dijo Estela pesarosa.

—Eso creo.

Le aprieto la mano para darle ánimos, y entiendo su postura y su dolor. No deja de ser su familia, por mucho que le hayan tratado mal.

—Podemos intentarlo —digo mirando a mi padre que ya está negando con la cabeza—. Vosotros estaréis fuera, de respaldo, y si no hemos dado respuesta en media hora, entráis.

—En media hora podríais estar muertos —contesta mi padre—. No. Entraremos todos y haremos presión para que liberen a nuestros hijos. Las brujas no tardarán en llegar y preparar los rituales necesarios de ataque. No voy a esperar ni un solo minuto más.

Lucien asiente y todos sacan sus dagas de la bolsa. Incluso Carmen lleva una pistola. Esto puede ser un desastre donde haya muertos y heridos. No quiero eso.

Cierro los ojos y hago lo mismo que en la discoteca. No sé cuánto los detendrá, pero quiero hablar con ellos primero. Todos se han quedado congelados, me miran horrorizados, los ojos es lo único que pueden mover. Su mente grita «no» y Lucien lucha contra mi amarre, casi consigue moverse, pero soy más fuerte.

Salgo de la casa y decido que tarden diez minutos en soltarse. No sé por qué, sin embargo sé que puedo hacerlo. Camino por el césped, un hermoso jardín lleno de rosales y otras plantas olorosas. Al fondo, hay un huerto para las brujas, imagino. Un brujo sale a mi encuentro y lo dejo inconsciente. Es fácil llegar a su mente y hacerla dormir.

Al final, tras poner a descansar a otros dos brujos y una mujer, llego a la casa. Un hombre que me recuerda a Lucien abre la puerta. Sé que se llama Mathis y que tiene veintisiete años.

—¿Me dejas pasar? Creo que tienes aquí a mis hermanos.

—¿Cómo nos has encontrado? ¿Qué eres tú?

—Por favor, Mathis, quiero que liberéis a mis hermanos y nos dejéis marchar en paz.

Se echa a reír de forma muy desagradable. Un hombre alto y fuerte, que adivino es su padre, se acerca y me huele.

—Es la bruja que necesitamos. ¿Está Lucien contigo?

—Sí, está conmigo. Por favor, Jules, quiero que liberes a mis hermanos y la verdad, preferiría que no tuvieseis que torturar o desangrar a otros brujos. El poder no es tan importante.

Se quedan mirando y sonrén. Jamás habría podido decir nada así, tan... seguro, si no fuera una bruja del éter, eso lo sé.

—Está bien, ¿quieres ver a tus hermanos? Mathis, llévala.

—¡No!

Lucien entra corriendo, es curioso que se haya liberado tan pronto. Se pone delante de mí y mira a su hermano amenazador.

—No la tocaréis.

—Es mona, pero de ahí a que te enfrentes a tu familia por una chica que acabas de conocer...

—No tienes ni idea. Ella es mi...

—Soy su llama. Estamos unidos.

—Eso no puede ser, solo los ángeles reconocen a sus llamas.

Se quedan mirando a Lucien sorprendidos y Mathis saca un arma.

—Bueno, tal vez es nuestra noche de suerte, padre. Dos por uno.

—Soy tu hermano. ¿Serías capaz de desangrarme? —dice Lucien apenado.

—Ya casi no nos queda. Y Jules me ha prometido convertirme en uno de ellos. Pronto le saldrán las alas a él. Con vuestra sangre, seguro que lo consigue.

—Jules, al que llamas padre, aunque no lo sea, te está engañando. No se puede convertir un ángel. O naces o nada. Te está utilizando —digo con tristeza.

—Es una mentirosa, yo te daré poder, hijo mío. Tu hermano es la fuente. Y ni siquiera lo quiere. Que te lo dé a ti.

—Es absurdo, Mathis. Eso no se puede traspasar. Libera a los chicos y si, de todas formas, quieres probar y darte cuenta de que esto no funciona así, te donaré sangre. Solo él que fue anteriormente un expulsado podría recuperar las alas, pero tú no.

Mathis se vuelve hacia Jules y lo apunta con la pistola.

—¿Es eso cierto?

Una mujer de mediana edad se acerca. Se pone junto a Jules e intenta calmar a su hijo.

—Cariño, tranquilo, suelta el arma. Haremos lo posible por darte más poder.

—Por favor, liberad a mis hermanos —digo tranquila—. Os lo estoy pidiendo por las buenas.

Mathis vuelve a apuntarnos con la pistola y Jules se pone a su lado. La madre mira a Lucien con miedo, sin un ápice de cariño.

Siento un movimiento lateral, pero antes de que reaccione, dos dardos impactan en mi cuerpo y, aunque levante las manos, mi poder se ha evaporado. Me giro hacia Lucien que me mira triste y caigo.

Capítulo 10. La jaula

—Cielo, despierta —dice alguien acariciando mi rostro. Siento mi debilidad y apenas puedo abrir los ojos. Huelo a alguien conocido.

—Ya está consciente —dice Sara. Me incorporan, pero sigo sin manejar mi cuerpo.

—Menos mal —suspira aliviado Lucas, que es el que está sosteniéndome la cabeza.

—¿Qué...?

—Te han drogado, como lo hicieron con nosotros. Acabamos de despertar y te hemos visto. Ojalá hubieras escapado —dice You que está muy seria.

Todos llevan todavía sus pijamas. Miro a mi alrededor. Estamos en medio de una enorme sala, metidos en una jaula con barrotes metálicos. La sala está vacía, excepto por unas camillas al fondo, imagino que es ahí donde pretenderán desangrarme.

—Venía conmigo un chico... ¿lo habéis visto?

—¿Un tipo moreno con el rostro culpable? —exclama Sara enfadada—, sí lo hemos visto. Ha pasado varias veces por aquí, para ver cómo estabas.

—Oh, vaya. —Cierro los ojos. ¿Me ha traicionado? No comprendo, sentí su... amor. Siento ganas de llorar. Noto algo en el cuello y miro a mis hermanos. Ellos también llevan un cierre como de hierro.

—Esto es algún tipo de cepo mágico —dice Esther adivinando mi pregunta—, nos impide usar nuestros poderes. ¿Qué está pasando?

Me ayudan a incorporarme y les cuento todo. Cuando aviso de que nuestros padres están fuera, se sienten más aliviados.

—Se van a cagar —dice Sara levantándose. Pasea por la jaula, sin tocar las barras—. Están electrificadas. Ya nos ha dado algún calambre. Menudos cabrones. Se van a enterar, cuando entren mis padres, no tendrán tierra para correr.

—¿Estás segura de que es tu llama gemela? —pregunta Lucas acariciando mi rostro. Asiento y él aprieta los labios.

—¿Qué no me cuentas?

—Él parecía... estar bien con nuestros captores. No sé, Amy. Puede que se haya aprovechado.

—No, no puede ser. Yo creo en él.

—Es su familia, prima —dice Sara sentándose enfrente—, cualquiera de nosotros haría lo que fuera por ella.

Me siento, bajo la cabeza y toco el cepo mágico. Me concentro, intentando saltar su amarre.

—Ya lo hemos probado —dice mi hermana— y no funciona.

—Tal vez ella pueda —contesta Lucas—. Dale, bruja poderosa.

Sonrío con tristeza y cierro los ojos de nuevo. Examino el cepo, está hecho de hierro, y forrado de capas y capas de hechizos mágicos. Vuelvo a imaginar que de mi mente salen tentáculos de Medusa, son tan finos que se meten por todos los recovecos que pueden encontrar. Rincones mágicos, grietas que otro jamás encontraría. Una hierba que no estaba demasiado fresca puede malograr una poción. Consigo encontrar el lugar, tan diminuto que podría haberlo pasado de largo. Meto mi tentáculo para que haga palanca y siento que la protección va a saltar. Las capas de los rituales van cayendo, una tras otra, hasta que el cepo de hierro solo es de metal,

sin más.

Sonrío y empiezo a sentirme mucho mejor, puesto que elimino todo resto del dardo tranquilizante de mi cuerpo. Mis hermanos y primas me rodean y se preparan para que les quite a ellos también. Me cuesta, pero ahora sé cómo hacerlo y pronto solo tienen un collar horrible en el cuello.

—Eres una crac —me dice Sara, admirada. Los otros asienten.

—Bien, ahora debemos liberarnos de la jaula —comenta You—. Espero que nuestros padres entren y les den una paliza.

Escuchamos un ruido y fingimos estar débiles. Lucien entra y se acerca. Cuando me ve despierta, suspira aliviado.

—Escucha, Amanda, he hecho un trato con ellos y con tu familia. Les voy a dar mi sangre y también van a extraerte a ti, luego os liberarán. No habrá lucha.

—Me has traicionado —digo bajito. Pero me meto en su mente y veo que ha intentado encontrar la mejor solución, que incluso entregaría su vida por mí, aunque no puedo hacerle saber que estoy libre.

Lucien se queda parado, apretando los puños y luego se gira y sale de la habitación. Mejor, así no resultará herido.

—¿Puedes comunicarte con alguno de nuestros padres? —dice Lucas—. Tal vez deberíamos informarles.

—Si es así —interrumpe Sara nerviosa—, podrían provocar una distracción y así nos liberaríamos de esta jaula.

—Lo intento.

Vuelven a salir mis tentáculos y se adentran por la villa. Hay más brujos y brujas, como cuarenta. Parecen emocionados. Siento a los padres de Lucien, que piensan de él que es como una vaca a la que ordeñar. No parecen tenerle aprecio y me gustaría acabar con ellos, pero no lo haré, yo no soy así. Mi mente se expande hasta la casa donde noto el agobio y la preocupación de mis padres, hasta que encuentro una mente receptiva, mi tío Farid, que da un respingo. Le informo de nuestros planes y me hace saber que se lo contará al resto. Y que tengamos cuidado.

—Listo —digo agotada—, he avisado al tío Farid. Es con el único con el que me he podido comunicar. Atacarán la casa en diez minutos. Necesitamos prepararnos.

—Nací preparada —dice Sara levantándose. Mira hacia las cámaras de vigilancia y manda una chispita hacia los cables, tan pequeña que no se ve, pero lo suficientemente potente para fundir alguna.

Esther envía una ráfaga de aire y vuelve las otras hacia el techo. Nos miramos, cómplices.

—Deberíamos provocar un cortocircuito con agua.

—Yo prepararé una base de tierra para que no muramos electrocutados —sonríe Lucas. Somos un equipo.

Lucas mueve las manos y el polvo que hay en la sala se agrupa y poco a poco, va colocándose debajo de nuestros pies, hasta cubrir la superficie de la jaula.

—Quizá podría haberos levantado —digo encogiéndome de hombros.

—No seas tan creída —se ríe Esther—, que yo también podría elevaros.

—Guardar vuestras fuerzas —comenta Lucas—. You, prepárate y cuando escuchemos jaleo, sacas el agua y le das.

Al fondo de la habitación, junto a las camillas, hay alguna botella de agua y varias bolsas de suero. Espero que sea suficiente.

Una alarma suena en la casa y sabemos que nuestros padres están llegando. You alza las

manos y las botellas explotan. El agua avanza por el suelo como si estuviera viva y llega a la jaula. Mi hermana la lanza contra los barrotes y empiezan a salir chispas por todas partes. Esther nos rodea con una bola de aire y consigue que ninguno nos quememos. La jaula parece resistir.

Cierro los ojos y saco de nuevo mi pequeño arsenal. Me dirijo hacia los barrotes, algo más débiles gracias al poder del agua. Encuentro el resquicio de magia, y lo apalanco. Los barrotes dejan de chisporrotear y suspiramos aliviados.

—Ahora tenemos que abrir la cerradura —dice Lucas—, pero no tenemos herramientas.

Esther lanza una corriente de aire tan fuerte que revienta la puerta. Nos mira con cierta actitud chulesca y saca la lengua.

—No necesitamos herramientas. Somos fuertes, somos brujas.

Nos damos la mano y salimos de la jaula hacia la puerta. Hay mucho jaleo allá fuera y no sabemos si nuestros padres podrán con todos, aunque estén entrenados.

Abrimos la puerta y en la entrada están todos luchando. Nuestros padres con toda su fuerza bruta, nuestras madres con su magia, que no es tan fuerte como la nuestra, pero es efectiva. La tía Carmen quema y da patadas por igual.

No nos han visto, aunque pronto nos verán. Comenzamos nuestro contraataque, el fuego, el aire, el agua y la tierra hacen retroceder a los brujos. El padre de Lucien hace un gesto y saca sus alas. Siento en su mente que ha desangrado a su propio hijo y mi furia se acrecienta. Él sale volando y eso hace que el resto de los brujos y brujas se animen.

Mi hermana lanza una corriente de agua, pero hay brujos de fuego que la evaporan. Lucas está enviando tormentas de arena contra los ojos, para cegarlos, mientras que Esther los empuja y los hace caer. Sara está quemando sus ropas, y me alegro, porque no quiero que muera nadie. O tal vez sí: Jules.

Él se dirige hacia mí y, rota de dolor, saco mis alas y noto el asombro generalizado. Mi tía Carmen grita y eso hace que todos se den cuenta de que estamos libres. Vuelo para enfrentarme con Jules, que sale fuera de la casa. Lo sigo, con la furia en mí.

Él me lanza fuego, que casi me alcanza. No soy habilidosa volando, está claro, pero tengo poderes que él no tiene. Apunto a su tercer ojo, quiero dejarlo inconsciente, aunque tiene una fuerte barrera. Mis tentáculos no son capaces de pasar y por un momento, tengo miedo. Vuelve a atacarme con fuego, y logro crear una capa que me rodea. Me concentro y en su siguiente lanzamiento, hago que las llamas se vuelvan contra él. Lo atrapan y le queman la ropa. Cae al suelo, pero se vuelve a levantar. Aterrizo con cierta torpeza delante de él y lo miro con dureza.

—Basta ya, Jules. Para con esto.

—No pararé hasta que volvamos a ser fuertes. Gracias a la sangre de mi hijo han vuelto a salir mis alas.

—¿Has desangrado a tu propio hijo? ¿Qué tipo de ángel eres?

—Soy un Expulsado, recuérdalo. Y no te preocupes, no soy idiota. Se recuperará en unos días y volveremos a desangrarlo. Hay otros compañeros que quieren recuperar su poder.

—Sabes que no lo vamos a permitir.

—Si estáis muertos, poco podréis hacer.

Vuelve a enviar fuego hacia mí, fuego azul y poderoso y algo se rompe en mí. Mis manos se abren, el aire lo rodea y lo encierra en una esfera, junto con su fuego. Esta vez no puede escaparse y empieza a arder. Sus alas están quemándose y él aúlla de dolor.

Alguien se acerca a mí, alguien que apenas puede caminar.

—Por favor, no lo hagas.... Por ti... por mí... —Lucien cae al suelo, muy débil. Miro a su padre. He estado a punto de matarle. Suelto las manos, horrorizada, y el hombre cae al suelo, con

graves quemaduras. De las alas solo queda el armazón.

Me agacho junto a Lucien que me mira expresando todo el amor posible. Paso la mano por su rostro.

—Pensé... que llegar a un trato era lo mejor... perdóname.

—Te amo, Lucien, lo entiendo.

Él sonríe levemente y se deja llevar por la inconsciencia. Mi padre sale corriendo, armado con su daga y mira el despojo que es ahora Jules y a nosotros.

—Lo hizo por mí, papá. Hay que salvarlo.

Él lo levanta como si no pesara nada y lo lleva dentro. La lucha ha terminado y los brujos supervivientes están arrinconados, vigilados por mis tíos. Mi madre me abraza, pero yo la urjo para sanar a mi amor. Todas ellas se reúnen a su alrededor y me dan la mano. Está echado, sin apenas fuerza, y comenzamos nuestro ritual.

Siento como la energía de mi madre y mis tías se densifica dentro del círculo. Puede que ellas no tengan tanto poder elemental como nosotros, pero su curación es muy fuerte. Yo comparto mi energía con ellas y tras unas palabras que pronuncia mi madre, Lucien tose y abre los ojos. Me lanzo a abrazarlo y él protesta un poco porque estoy aplastándolo, mientras sonríe.

—Amy, ¡Amy!, ven, corre —dice mi abuela, que también ha hecho lo suyo en la batalla. La miro y siento el dolor de una posible pérdida. Alguien está muy malherido.

Me levanto, dejando a Lucien en el suelo. Lucas le ayuda a levantarse y voy corriendo hacia un rincón, donde mi tío Farid tiene una fea herida en el abdomen. Siento que su vida se escapa.

—No... te preocupes... estaré bien —dice consolándome.

—Escucha, Amy —dice mi padre a mi lado—. Podemos probar algo, aunque sea... raro.

Leo su mente, y sin dudarlo, le quito su daga antes de que pueda decir nada y corto mi palma. La sangre, roja y espesa, cae en la herida de mi tío, que se retuerce de dolor. No sé si lo estoy estropeando o arreglando.

Poco a poco, parece que la herida se cierra y suspiramos aliviados. Mi padre le ayuda a levantarse. Parece mareado, pero está vivo.

Después, se vuelve hacia los brujos que nos miran aterrorizados.

—Si volvéis a intentar drenar a alguien, ni siquiera una gota, volveremos y os fulminaremos, sin ninguna piedad —dice mi padre y yo saco las alas, para que no quede duda de que será así.

La madre de Lucien se adelanta y nos mira, atemorizada, sé que está furiosa. Sin embargo, baja la cabeza y asiente.

—No lo haremos. Lo juramos.

Nos vamos retirando y me acerco a Lucien, que mira a su madre y a su hermano, herido en un rincón. Después, me da la mano y sale conmigo.

Nos alejamos sin mirar atrás, sin ver el bulto quemado, o pensar en la gente que ha muerto. Mi familia está bien, Lucien está conmigo, para mí, es todo lo que importa.

Capítulo 11. Seis meses después

No suele nevar en la costa mediterránea, pero a mí me encantaría que al menos, el día de Navidad, ese en el que nos vamos a reunir toda la familia, lo hiciera. Como si hubiera pedido un deseo al genio de la lámpara, pequeños copos empiezan a posarse en el jardín.

Mi vida ha cambiado totalmente. Cuando volvimos a España, mis padres acogieron a Lucien e incluso está trabajando en el restaurante, sospecho que porque así lo tienen vigilado. Ha resultado ser un buen ayudante de cocina y con el tiempo, quizá viajemos a alguna escuela prestigiosa para que aprenda más. Yo no sé si quiero ir a la universidad, lo estoy pensando. Lo que más me apetece es estar con Lucien y eso no le gusta tanto a mi madre. Hoy voy a visitarles porque he pasado la noche con el amor de mi vida, en su pequeño apartamento alquilado.

—¡Buenos días! —digo feliz mientras veo a mi madre preparar un guiso en la cocina. Desde que trabaja en el restaurante, se ha aficionado a experimentar con recetas, algo que mi tía Carmen y Sara agradecen. Siempre están dispuestas a probar.

Ella frunce el ceño y me mira. Todavía no acepta del todo que duerma fuera de casa algún que otro día.

—¿Qué tal, cariño? —pregunta Estela, que está preparando masa de galletas con chispas de chocolate, las preferidas de mi tía Carmen.

—Todo muy bien... es, no sé, como un sueño.

Mi madre gruñe y Estela sonríe a sus espaldas.

—Tú más que nadie deberías saberlo, Marina. Cuando te enamoraste de Ángel tenías la misma cara de alucinada que tu hija.

—Pero es que tiene dieciocho —protesta.

—Estoy aquí, mamá —digo sonriendo—. Sí, tengo esa edad, pero soy lo suficientemente madura. Y lo sabes.

La abrazo de espaldas y siento su mente confusa. Procuro no leer nada y ella me abraza con ganas. Lo que está claro es que me ama incondicionalmente, como debería ser en una madre. Lucien y yo hemos hablado mucho sobre el tema y piensa que su madre podría estar condicionada por su padre, pero sé que ella era así. No se lo comento. Él no es del todo un expulsado, aunque sí tiene alas y dones de aire. Es como un brujo con alas. Sin embargo, nos complementamos bien.

—¿Qué tal la experiencia de volar juntos, y digo por el cielo? —pregunta mi madre resignada. Estela suelta una risita, pero al escuchar el ruido de cañerías, vuelve a su tarea.

—Es alucinante. Menos mal que nunca tuve vértigo. Hemos volado hasta París y el otro día nos acercamos a la casa de Lucien.

—Papá terminaba agotado con distancias largas, ten cuidado —apunta mi madre.

—Sí, hacemos descansos, no te preocupes. Es... tan extraño. Toda mi vida sintiéndome incompleta y ahora...

—No lo pensamos. No sabíamos seguro que fueras a ser tan especial —confiesa mi madre—. Queríamos esperar que tuvieseis los dieciocho, por si acaso.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes.

Ahora sé todo lo que pasó, lo que pasaron, tanto con la bisabuela como con su madre. La batalla, las pérdidas... todo me fue llegando y se lo conté detallado a mis hermanos y primas.

Merecían saber tanto como yo.

—¿Mis primas, mis hermanos? —pregunto, aunque sé dónde están, quiero evitar que se sientan incómodos ante mi presencia.

—Estarán por llegar de la academia. Siento que no puedas ir.

—No te preocupes, mamá. Prefiero estar por aquí. Además, así no tendrás el síndrome del nido vacío.

Ambas se ríen y la puerta se abre. Entra mi tía Carmen, ya sin su uniforme y mi tío Yotuel, con una enorme caja.

—Adornos de Navidad —dice mi tía como si fuera el secreto mejor guardado. Da un beso a sus hermanas y a mí y le indica a mi tío donde dejar la caja—. Sin adornos, no hay fiestas y estoy deseando ver a ese duendecillo pelirrojo.

Yotuel le da un beso en la coronilla y se ponen a sacar las cosas. Carmen es bastante caótica y va poniendo los adornos como le da la gana. Yotuel se ríe y los va arreglando un poco.

—¿Papá?

—Fue a pasear con Lucien, ya sabes, cosas de hombres —dice Estela forzando la voz. No puedo evitar reírme.

—Por cierto, he encontrado trabajo de lunes a viernes, así iré ahorrando por si... bueno, si al final voy a la universidad.

—Es una buena noticia. Cuéntanos.

—Fue toda una casualidad, si es que es posible. En la biblioteca donde voy a menudo necesitaban a alguien que les ayudase con el tema de la documentación, las fichas, y para atender a la gente. No es un gran sueldo, pero me permitirá...

La puerta se abre de golpe, interrumpiendo lo que iba a decir y entran mis primas y mis hermanos, cargados con sus maletas. Mi madre se lanza contra ellos y los abraza como si vinieran de la guerra.

Estela y Carmen van por sus hijas de la misma forma. Mi tío Dariel, que los ha ido a buscar, entra sonriendo.

—Ya casi estamos todos —comenta Estela, emocionada—, solo faltan los abuelos y Farid.

Sé que pronto llegarán y también mi padre y Lucien. Quería haberles dicho que me iba a vivir con él, pero bueno, tendré que esperar al momento oportuno. Tal vez cuando ambos nos recuperemos, yo, cuando sepa manejarme del todo y él, cuando asuma lo que le hicieron sus más cercanos.

Mi tío Farid ha visitado a la familia de Lucien varias veces y parece que están cumpliendo las normas. Claro que, con la promesa de fulminarlos, cualquiera no lo hace. Y es que... pasó algo ese día.

Cuando le di a Farid mi sangre, al día siguiente, al hacer un esfuerzo para levantarse de la cama, brotaron unas preciosas alas negras. Nos quedamos bastante alucinados, pero él estaba encantado. Supongo que siempre las echó de menos. Y con ellas, ha vuelto parte de su poder. Ha renunciado a su trabajo y ahora es una especie de «vigilante de los cielos». No tenemos noticias del que llaman El Creador, así que imagino que le parecerá bien.

Mi madre me preguntó si estaría dispuesta a darles a mi padre y a mis tíos mi sangre para que les volvieran sus alas, y yo acepté, claro, pero ellos no quisieron. Vivirán lo que tengan que vivir junto a sus esposas y tan felices. Me alegro.

Mis primas y mis hermanos me cogen casi en volandas y subimos a mi habitación. Están deseando contarme cosas, a la vez que yo a ellos. Comienzan a hablar todos a la vez, hasta que Lucas pone orden. Siempre tan mandón.

—¿Por qué no esperamos un poco? Yo quiero saber qué ha dicho mamá sobre que te vas a vivir con Lucien.

—No se lo he llegado a decir, todavía.

—¿Y eso? —pregunta Sara.

—Fue justo cuando llegasteis.

—Vaya, qué casualidad —se ríe You mientras se estira en su cama.

—¿Qué tal vosotros? ¿Algún avance?

—Lucas está enamorado de una bruja y sigue con su maravilloso y especial don —contesta You algo resentida.

—Mira que eres —dice Lucas—. Te he repetido mil veces que no lo quise.

—Bah —dice You—. Y Sara se está viendo con alguien, pero no nos ha dicho con quién.

—Cotilla —contesta Sara enviando una chispita que You apaga de inmediato.

—Lo importante, ¿habéis aprendido? —acabo riéndome.

—Mucho —dice Esther—, y te hemos traído un par de libros. O sea, fotocopias, los originales siguen ahí. Hay mucha información sobre las brujas del éter. Después de todo lo que hemos pasado, nos han dejado llevárnoslo.

—Gracias. —Me giro hacia la puerta y sé que mi amor está en la casa. Le mando un mensaje mental y sube las escaleras.

Lo reciben con abrazos y él se sienta a mi lado, tomándome la mano.

—¿Tan malo ha sido?

—No, tu padre es buena gente, pero eres su hija pequeña. He recibido varias advertencias sutiles. Le dije que queríamos vivir juntos, como acordamos.

—Ella no se lo ha dicho a mi madre —dice Lucas. Lo miro acusadora.

—Ahora se lo diré.

Escuchamos las cañerías retumbar, nos miramos y nos echamos a reír.

—Creo que papá se lo ha dicho ya —dice You partida de risa.

—O sea, saben que podríais iros a cualquier parte con vuestros poderes y eso —dice Sara sentándose en la cama—, pero estáis aquí, viviendo una vida normal. No sé, algo tiene que contar.

—Nos gustaría casarnos —digo y mis hermanos abren la boca.

—¿Ya se lo has pedido? ¿Has sido romántico? —pregunta Sara, avergonzando a Lucien. Aunque tiene confianza con todos, le cuesta.

—Sí, fue romántico y privado, cotilla —le digo—. Bajemos o van a subir a buscarnos, además, los abuelos han llegado.

Nos levantamos y todos bajan. Nosotros nos quedamos en la habitación y mi amor me acaricia el rostro.

—Te amo, Amy. No sé si sería lo suficiente romántico para pedirte que te casaras conmigo.

—No hagas caso. Estuvo muy bien. Lo único que importa es que yo también te amo y que vamos a empezar una vida juntos.

Estamos tomados de la mano, mirándonos y se nos pasa el rato. Nos perdemos en nuestros ojos, ni siquiera nos hace falta hablar, porque el amor que tenemos el uno por el otro es sincero y leal. Es tan grande que no cabría en este mundo. Comprendo ahora lo que sienten mis padres. Cada mirada que se dedican, incluso aunque sé que no pueden comunicarse como nosotros, parecen adivinar sus pensamientos.

Somos dos individuos, pero es como si las piezas de un puzle hubieran encajado por fin. Él sonríe y tira de mí para bajar al salón.

—Si no vamos pronto, tu padre vendrá a buscarnos.

—Lo sé.

Cuando llegamos abajo, los abuelos y el tío están abrazando todavía a los demás. Mi tío se acerca. Ha cambiado tanto... se le ve feliz, lleno de vida, incluso parece más joven. Los abuelos están como siempre, enamorados y alegres.

Cuando nos sentamos a la mesa, hay mucho alboroto y las risas y las voces se interrumpen unas a otras. Siento un zumbido en mi cabeza que no sé decir de donde viene. Lo dejo, porque desaparece. Me levanto y pido silencio. Mi madre se muerde los labios, por su cabeza pasan mil cosas, desde que estoy embarazada, lo que casi me hace reír hasta que me voy a ir de casa. Ahí ha acertado.

—Querida familia, Lucien y yo saldremos de viaje a finales de las vacaciones de Navidad, cuando ambos tenemos libre. Queremos ir a Stonehenge y a otros lugares especiales. Y será un viaje un poco más largo, algo así como una luna de miel.

—¿Qué? —exclama mi madre y mi padre se levanta corriendo para abrazarla, antes de que exploten las cañerías—, déjame, Ángel, estoy bien. Bueno, o sea, que ¿queréis casaros?

Se sienta, pero mi padre no la suelta de la mano. El resto de la familia nos mira curiosos. Lucien se levanta y se pone a mi lado, de la mano.

—Ante todo, os quiero agradecer la acogida que me habéis dado, después de todo lo que ha pasado. Sabéis cómo funciona esto —dice mirando a mis padres y a mis abuelos—, ella y yo estaremos juntos para siempre y nos gustaría hacer una ceremonia sencilla, un compromiso especial, antes de que vuelvan a la academia.

—Qué sorpresa, prima —dice Sara—, la más pequeña y tímida y mira por dónde.

Su madre se ríe de la gracia de mi prima.

—Supongo que os choca —continúo—, porque ambos somos jóvenes, pero no queremos esperar más para vivir juntos en su apartamento. Ahora que ambos tenemos trabajo, podremos compartir gastos y quizá, al año que viene, nos traslademos a la universidad, ya se verá.

—Eso también es una gran noticia —dice mi padre y noto que está emocionado, por las dos—. Brindemos por ello.

Todos levantan la copa y nos abrazamos. Nos desean lo mejor y sé que es totalmente cierto.

Capítulo 12. La ceremonia

—¿En serio? —digo mientras You se encierra en su habitación. Tiene un gran disgusto. Hoy Melinda, cuando vino a casa por la boda, habló con Lucas por su tema. Es un caso especial. No hay muchas brujas y menos brujos que lo sean. Quiere que haga pruebas e instruya a otras brujas. Creo que You está muy decepcionada consigo misma. Pero yo sé que tiene mucho poder de agua.

—Vamos, primita —dice Sara llamando a la puerta—, no fastidies el día de tu hermana.

Yo la miro para que lo deje. Todavía voy en bata y aunque mi tía Estela ha hecho un gran trabajo con mi peinado, tengo que maquillarme. Abajo están como locas, arreglándose. La boda será en la azotea del restaurante, que han acondicionado con una pérgola y estufas. Mi padre y mis tíos todavía están allí con los últimos preparativos. La comida también será allí. En realidad, es como una comida familiar. Solo nosotros, tía Gala con su pareja Yung y Melinda. De parte de Lucien, nadie de su entorno. Me da un poco de pena. Al menos, Lucas y mi tío Farid acaban de ir a su apartamento para acompañarlo mientras se viste.

—Abre, You —digo y le hago un gesto a Sara para que se vaya. Con un bufido, baja las escaleras.

Mi hermana quita el pestillo y me deja pasar. Está echada en la cama.

—Lo siento, Amy, es que... lo deseaba tanto. No es justo.

—Quizá no era el momento. Puede que más adelante puedas.

—Flower me puso muchas veces el dedo en el tercer ojo y nada. A Lucas fue llegar y ya.

—Porque cada uno tenemos nuestro don especial. Eres una gran bruja de agua y puede que algún día despierte en ti todo ese poder que tienes.

—Bah, eso lo dices para consolarme. No pasa nada. Ha sido una rabieta, ya sabes que amo a nuestro hermano.

—Lo sé. ¿Me ayudas a maquillarme?

—Claro.

Me siento en la cama y sacamos el estuche que Estela nos ha prestado. You empieza a aplicarme la crema con color. Sara y Esther aparecen y se sientan en la cama.

—Me alegro mucho de que seas tan feliz —dice Esther—. Ojalá encontremos a alguien que nos quiera tanto como a ti Lucien.

—Lo encontraréis —digo y You me riñe para que me quede callada.

—Sara tiene a alguien, aunque no dice nada —comenta Esther.

—Todavía nos estamos conociendo. Hasta que no sepa si es el hombre de mi vida, os esperaréis. Desde luego, no me he desmayado al besarlo, eso ya os lo digo.

—Quizá como tu padre, tengas que besar muchos sapos antes —dice You sabiendo la historia de Yotuel antes de estar con tía Carmen.

—Es posible. Por eso, prefiero esperar.

Yo sé quién es el chico, pero no diré nada. Es cosa suya. You se entretiene maquillándose los ojos y luego se aparta para ver el resultado. Mis primas se asoman y abren la boca.

—¡Estás preciosa! —exclama Esther emocionada. Sara asiente y yo me miro al espejo. Me siento bonita y sonrío a You. Cierro los ojos y vuelve ese zumbido molesto, lo ignoro de nuevo.

—Tenemos solo una hora para vestirnos así que más vale que nos demos prisa —dice You

apreciando su obra. Ya no está triste, solo un poco desilusionada, espero que se le pase.

Sara descuelga su traje del armario y todas nos vamos desvistiendo para arreglarnos. Como siempre, lo hacemos todo juntas. Puede que esta vez sea la última en mucho tiempo porque ellas volverán a la academia y yo me iré a vivir con el amor de mi vida. Las echaré en falta.

—Os iré a ver pronto —digo y ellas me miran. Se acercan a mí, y todavía sin vestir del todo, nos abrazamos.

—Venga, no os emocionéis o el maquillaje se irá a la porra —dice You, aguantando sus propias lágrimas.

Terminamos de vestirnos. Yo llevo un sencillo vestido color rosa pálido, de tirantes y con un delicado volante que cruza del escote hasta la cintura. Es sencillo, aunque a mis padres le ha costado una pequeña fortuna, insistieron en que fuera elegante. Bajamos al salón donde están nuestros padres y abuelos. Papá nos mira emocionado y saca su cámara para hacer muchas fotos.

Un mensaje de Lucas al tío Yotuel le dice que ya están en el restaurante. Nos montamos en varios coches, emocionados por todo. Es el tío Farid el que va a celebrar la ceremonia, así que ya está allá.

Llegamos a la azotea. Lucien me mira con admiración. Se le ve nervioso y guapísimo, con un traje de chaqueta y corbata que le queda de maravilla. Sigue llevando el cabello largo, por debajo del cuello, pero está artísticamente despeinado, obra de mi hermano Lucas, que luce algo similar, aunque más corto.

Papá me lleva hasta el lugar que hemos colocado en el centro, como si fuera un altar, aunque sea pagano. La música suave de Chopin suena, haciendo que sienta un palpito en el corazón.

Todos se colocan en sus sitios. Mi madre está llorando y mi padre no la suelta, por si acaso. Pero mis tías también están muy emocionadas, como mis primas.

Lucas es el padrino de Lucien y You también se ha colocado en su lado. Mis primas, en el mío.

—Querida familia, estamos reunidos aquí para celebrar el amor —empieza Farid. Lucien y yo nos tomamos de la mano y nos miramos.

Las nubes de tormenta que amenazaban con llover se apartan y el sol comienza a brillar. Es un fenómeno curioso, pero mi tío sigue hablando. Entonces, sin esperarlo, una especie de foco de luz nos ilumina a los tres y de repente, ascendemos. Miramos abajo, aterrorizados e intentamos sacar las alas sin éxito. Creo que vamos a Eterna.

Brujas del sur. Legacy 2

Capítulo 1. Empezando la escuela de brujas. 3 meses antes de Navidad

Octubre ha llegado y es la hora de marcharnos a la escuela de brujas. Nos despedimos de nuestros padres con algo que se parece al alivio. Mi padre me hace prometer que cuidaré de ellas, como buen hermano mayor, como si mi hermana o mis primas no supieran hacerlo. Le digo que sí, que lo haré, para que se quede tranquilo.

Sara me mira burlona. Su gesto me dice que, si pienso que la voy a controlar, lo tengo claro. Con tal de que no se pase, no le voy a decir nada, por supuesto.

Estamos en el aeropuerto de Valencia y hasta Amy y Lucien han venido.

Me he puesto una camiseta y cazadora negras y mis chicas me han silbado. Hay que causar buena impresión entre las brujas que hay en la escuela. Además, seré el único chico, creo.

—Mirad a Lucas, si parece un gallo pavoneándose —dice mi hermana You mientras saca su maleta del coche.

—Con eso de que estará rodeado de mujeres, se lo está creyendo —contesta Sara, recogiendo su rojo cabello rebelde en una coleta.

Amy sonríe mientras le da la mano a Lucien, que poco a poco se va abriendo a nosotros. Hace una semana fueron a visitar a su madre y a su hermano, pero no fue bien. Lo culpan de la muerte de su padre. Menos mal que tiene a mi hermana y a mis padres que, aunque se sintieron incómodos ante la cabezonería de Amy de vivir juntos, lo aceptarán, en algún momento.

Mi padre abraza a todos y Yotuel, que ha venido también en el otro coche, advierte con el dedo a su hija. Mi madre y la tía Carmen se abrazan a su hermana Estela, parece que se vayan a echar a llorar.

—No nos vamos a la guerra y volveremos dentro de dos meses, para Navidad —dice You fastidiada por el numerito que están montando.

—Y, además, está la tía Gala. Ella y la tía Yung seguro que no nos pierden de vista —suspira Esther.

—Si no fuera por eso, no iríais —dice mi madre. Sara resopla y les da un corto abrazo a sus padres.

—Venga, vamos —dice arrastrando su maleta.

Conseguimos despedirnos de nuestros padres y Amy nos acompaña hasta la entrada.

—Qué pena que no vengas —digo, aunque sé que ella no puede ser descubierta y que, además prefiere estar con su llama.

—Te echaremos de menos —dice Esther abrazándola. Nos fundimos en un abrazo grupal y ella parece emocionada.

—Podemos acercarnos a veros. Iríamos volando —dice con una preciosa sonrisa y a todos nos hace gracia el doble sentido. Desde que se despertaron sus dones de bruja del éter, ella se siente completa—. Cuidaros mucho y si me necesitáis para lo que sea, avisadme.

—No te preocupes, las cuidaré —aseguro, y Sara y You me miran con media sonrisa.

Por fin nos montamos en el avión que va a Londres. Yo voy sentado con Esther y las otras dos van detrás. Las oigo cuchichear y me giro para ver qué hacen.

—Creemos que hay alguna otra bruja en el avión —susurra Sara—. Estamos jugando a ver si la descubrimos. ¿No sientes la energía?

Me encojo de hombros y me acomodo de nuevo. Esther está algo mareada y se ha quedado dormida con la pastilla que le ha dado su madre. Para ser una bruja de aire y tener la posibilidad de volar, tiene un problema con las alturas. Su cabello rubio está trenzado y cae sobre el hombro. Incluso diría que se le cae la baba. Sonrío con ternura. Estoy más unido a mi prima que a mi hermana You debido a su carácter. Ambos somos tranquilos, nos gusta repensar las cosas.

Miro a mi alrededor, tal vez entre en la competición con las chicas. Entrecierro los ojos, para ver las auras. Hay un poco de todo. Colores distintos, algunas son más brillantes, pero no tanto como las de mi familia. Y sí, este verano nos han estado enseñando varias cosas, entre ellas, a visualizar las auras de los demás. Según mi tía Carmen, eso nos permitirá saber si tienen malas intenciones. Al parecer, hay diferentes clases de brujas. Unas ven las auras, otras pueden tener dones mentales que van asociados a sus elementos... todos somos distintos. Suele haber un patrón, pero no una norma fija.

Este verano también nos han cambiado los colgantes. Ahora no enmascaran nuestro poder y somos capaces de hacer algún truquito más. Sin embargo, mamá ha dicho que no presumamos. Al final, fuimos concebidos cuando los hombres de la familia eran todavía ángeles y nadie debería saberlo. Mi tía Esther nos ha dicho que es posible que algunas de las brujas nos tengan algo de manía. Nuestras madres fueron las que entraron en batalla y de alguna forma, son responsables de que las brujas tengan menos poderes. Por eso, han advertido seriamente a You y Sara, sobre todo, que no se metan en problemas.

Por fin, encuentro el aura y me encanta porque es verde brillante. Solo veo la coronilla de la bruja y su cabello castaño, recogido en un desordenado moño atravesado con un lápiz. Me hace gracia, se me escapa una risa y ella se gira. Está cinco asientos adelante, aun así puedo ver su perfil de nariz respingona y gafas redonditas. Se vuelve de nuevo y yo les digo a mis primas que la he encontrado. Ellas achican los ojos, molestas, pero tienen que reconocer que les he ganado.

Satisfecho porque vencerlas a ellas es siempre complicado, me acomodo y me relajo durante lo que dura el viaje hasta que llegamos. Espabilo a Esther para que se ate el cinturón y se prepare para aterrizar. Ella me mira ligeramente asustada, pero le doy la mano y se calma.

Un coche nos espera. Gala está en el aeropuerto. Hace mucho que no veíamos a mi tía. Es alta, delgada y seria. Con todo, nos da un abrazo y nos montamos en el coche que ha traído.

—¿Qué tal el viaje? —dice mientras maniobra para salir del aparcamiento.

—Muy bien —dice Sara.

—Muy mal —contesta Esther a la vez.

—Es que tiene algo de miedo a los aviones —explico.

—¿Siendo una bruja de aire? —contesta mi tía. Casi parece desilusionada.

—Todo se puede aprender —defiendo.

—Antes de llegar a la escuela, quiero que tengáis clara una cosa —dice ella sin dejar de mirar la carretera—. Sois mis sobrinos, pero no vais a tener un trato de favor. Os comportaréis o si no, seréis expulsados. Y tampoco quiero peleas o demostraciones excesivas de vuestros dones. Vuestras madres me han advertido y no voy a tolerar nada raro.

Nos quedamos callados. ¿Cuándo se ha vuelto tan sargento? Las veces que la hemos visto cuando ha venido a visitarnos no se ha comportado así. Nos miramos y veo que Sara tiene el ceño fruncido. Puede que este discurso haya sido peor, porque para ella es como un reto el no hacer caso a nadie. Va a ser un curso divertido, cuanto menos.

Capítulo 2. El colegio

Después de un viaje lleno de expectativas y nervios, finalmente llegamos al destino que puede que cambie nuestras vidas: la escuela de brujería en Londres. Al cruzar las puertas de hierro forjado, todos nos quedamos sin palabras. Frente a nosotros se alza un majestuoso edificio de piedra, una obra maestra del estilo arquitectónico del siglo XIX, con torres puntiagudas y ventanas de vidrio emplomado que reflejan los rayos del sol en mil colores. Los jardines que lo rodean están impecablemente cuidados, con setos perfectamente recortados y flores que parecen sacadas de un cuento de hadas.

—Es... es increíble —murmuro. Mis ojos miran con asombro cada detalle.

Mi prima Sara saca la cabeza por la ventanilla y su cabello vuela por el aire, sacando brillos rojizos al sol.

—Mirad, ¡es como un castillo de brujas de verdad, es lo que siempre he soñado!

Esther sonrío tranquila, pero está tan emocionada como nosotras. You saca la cabeza por la otra ventanilla y veo en sus ojos que ya está pensando en explorar cada rincón.

—Chicos, esto va a ser épico —dice You—. No puedo esperar a ver todo lo que hay aquí.

Asentimos, convencidos de que este lugar va a ser algo importante, que nos ayudará a sacar nuestro potencial. Veo con curiosidad que hay un grupo de chicos que se pasan un balón.

Mi hermana también lo ve y se echa a reír.

—Ohhh, qué pena. Hay más tíos. No serás el único.

—Una de las nuevas normas en la escuela es aceptar brujos, hacemos una prueba, para ver si tienen poder y, si es así, son admitidos. No discriminamos por sexo.

Mis primas se siguen riendo de mí. Tampoco es que pensase liarme con todas las brujas de la escuela, claro.

—La competencia sana es buena —susurra Esther con una risita.

Llegamos a la entrada y después de dejarnos ahí con nuestras maletas, la tía Gala se marcha, suponemos que a aparcar el coche.

—¿Qué hacemos ahora? —dice Esther, viendo que no hay nadie a la vista.

—Entrar, por supuesto —contesta Sara y comienza a caminar hacia la entrada, que se abre como si fuera automática.

En el vestíbulo hay chicos y chicas caminando, no nos hacen mucho caso, hasta que llega una chica que parece algo mayor que nosotros.

—Ah, los Velázquez. Ya estáis aquí. Soy Laura, vuestra supervisora.

Sí, conservamos los apellidos de nuestras madres y tal vez no haya sido una buena idea, porque varias brujas cercanas se quedan mirando. Algunas fruncen el ceño, otras se asombran. Todas murmuran.

—Bueno, y ahí va —dice You.

—Vamos, os llevaré a las habitaciones.

Seguimos a Laura que sube por una escalinata de piedra pulida, elegante, pero fría. No hay alfombras en el suelo, aunque sí muchos cuadros de mujeres. Me parece ver a mi madre y mis tías, aunque no estoy seguro.

—Aquí no vais a pasar desapercibidos, por vuestro... pasado —dice Laura—, pero espero que no deis problemas. No a todo el mundo le ha hecho gracia que por vuestra culpa se hayan

perdido poderes.

—Perdona, pero no ha sido nuestra culpa —protesta Sara.

—De vuestras madres, para el caso. —Se encoge de hombros.

—La otra opción era que destruyeran el mundo, si te parece —digo enfadado.

Laura se gira y me mira de arriba abajo. Luego, sigue su camino.

—En esta escuela no creemos en la segregación por sexo, aunque no permitimos que se compartan las habitaciones. Por eso, vuestras dos habitaciones están contiguas. Las chicas están en la habitación Agua y tú, con otros dos compañeros, en la habitación Sol. A la una comemos. Os haré llegar vuestros horarios y si necesitáis algo... bueno, mejor no necesitéis nada y pasad de mí.

Se va, dejándonos delante de las habitaciones con un palmo de narices.

—Joder con la tía. ¿Para eso es supervisora? —protesta Sara.

—Creo que nos vamos a encontrar este ambiente. Menos mal que estamos los cuatro —contesta Esther nerviosa.

Abren la puerta de la habitación. Tiene cuatro camas, así que se reparten tres de ellas. Yo me despido y entro en mi habitación. Esta es algo más pequeña, por lo que solo hay tres camas. En una hay un tipo echado que está mirando su móvil. Levanta la vista cuando entro, pero me ignora.

Enseguida entra otro chico que me da dos palmadas en la espalda y parece más amable. Es el único que ha tenido un gesto con nosotros.

—Me llamo Lyan, tú debes de ser Lucas. ¡Bienvenido! Todos estábamos ansiosos por veros. Gracias a ti han admitido a los tíos en la escuela, así que gracias.

—No ha sido gracias a él, Lyan. Ha sido porque su tía es lesbiana.

—¿Eres idiota o qué? —digo enfadado.

—Brandon, cada día eres más gilipollas. No le hagas caso, Lucas. Es porque él ha sido hasta ahora el gallito del corral, pero tú eres más guapo y las tías harán fila por ti.

—No vengo a ligar, Lyan. O no en principio. Quiero aprender. ¿Qué eres tú?

—Yo soy aire y Brandon es fuego.

—Yo soy tierra.

—Pff, tierra, ¿te vas a hacer un huerto en casa? —dice Brandon. Aprieto los puños, pero Lyan me da dos palmadas.

—Acostúmbrate. Él siempre es un provocador. Creo que va con su don.

—¿Ser gilipollas?

Lyan se echa a reír y Brandon se levanta y me mira, retador. Él es tan alto como yo y su cabello oscuro está revuelto. Mantengo su mirada y con un empujón en el hombro, sale. Antes de cerrar la puerta, se vuelve.

—Ya veremos cómo te arreglas en los combates. Me gustará darte una paliza.

Da un portazo y me vuelvo hacia Lyan.

—¿Combates?

—Sí. La directora está obsesionada con que estemos preparados no solo mental sino físicamente. Combatimos con artes marciales y también con nuestros elementos.

—No tiene mucho sentido. Ya no hay motivos para luchar.

—Supongo que tendrá sus razones. Ella es una persona estúpida, inteligente y muy capaz. Si nos quiere preparados, pues nos preparamos. Total, solo son nueve meses de clases.

—No, si no me importa. Estaba pensando en una de mis primas. Creo que no le gustará esto.

—Aprenderá. Quizá deberíais haber empezado el mes pasado y no iríais tan perdidos. ¿Por qué no vinisteis antes?

—Bueno... hubo circunstancias.

Desempaco mi bolsa en el armario que tengo junto a la cama. Sí, hubo circunstancias como que estuvimos secuestrados y casi nos drenan la sangre. O que mi hermana resultó ser una bruja del éter. O que nuestros padres se negaron en rotundo a que saliéramos de casa, hasta que, por fin, conseguimos convencerles. O que descubrimos el verdadero pasado de nuestros padres. Sí, algunas cosas importantes pasaron para que no comenzásemos el mes pasado.

—En una hora se come, voy a preparar un trabajo y luego te acompaño al comedor.

—Tengo que recoger a mis primas y a mi hermana.

—Vale. ¿Sabes?, creo que os vais a encontrar a más gente que no le hace mucha gracia que hayáis venido.

—Lo sabemos. Gracias por el aviso. Pero es lo que hay. Por eso, te agradezco que seas tan amable.

—Bueno, me molestan estas cosas. Yo desciendo de una bruja irlandesa y cuando saqué mis dones a relucir, mi padre me dio una paliza, no sé si quería quitármelos a palos, hasta que mi madre lo dejó y nos vinimos a Londres. Mi hermana empieza este año también.

—Lo siento, tío.

—Sí, por eso, cuando tú naciste con dones, parece que se abrieron a la posibilidad de admitirnos. Fue importante. Así que sí, estoy agradecido.

Termino de desempacar mi ropa, pensativo. Lyan parece un tipo agradable, no como el otro. Meto la maleta en el altillo y me giro a mi compañero.

—Voy a pasar a ver a mi hermana y a mis primas, ¿de acuerdo? Luego te las puedo presentar.

—Claro. Genial.

Salgo de la habitación y llamo a la puerta de la de al lado. Enseguida abre You, que parece algo molesta.

—¿Qué tal, chicas? —digo pasando dentro. La ropa de Sara está desplegada por toda la cama, mientras que Esther está terminando de colgar la suya.

—Bien, más o menos. Ha venido Laura otra vez y nos ha dicho que se incorpora una compañera con nosotras —dice You—, que eso no es malo, pero ha vuelto a meterse con la familia.

—Le hubiera quemado las pestañas —exclama Sara, que finalmente está metiendo la ropa en su armario.

—¿Tú qué tal? —pregunta Esther.

—Uno bien y uno mal. Lyan es muy agradable y hemos congeniado. El otro, un tal Brandon, es un gilipollas y va de «soy el mejor».

—Uy, ese va a sacar ese lado competitivo que tienes escondido —se ríe Sara.

—Paso de él. Por cierto, ¿sabíais que hay combates?

Miro a Esther que se estremece, en cambio Sara y You se miran y sonríen.

—Lo malo es que la gente nos lleva un mes de adelanto —digo y Esther se hace algo más pequeña. Me giro hacia ella y me siento a su lado, tomándola de la mano—. No te preocupes, eres una bruja poderosa y te ayudaremos en lo que sea.

—Ya, bueno. No me gusta pelear y no veo motivos para hacerlo —contesta ella.

—Solo por pasarlo bien —exclama Sara, dando un codazo a You—, va a ser muyyy divertido.

—Poco a poco, Esther. Venga, vamos a comer. Lyan nos acompañará. Es un tío majo, ya veréis.

Salimos y entro a mi habitación para buscar a mi compañero, que ya está preparado. Les presento a mi hermana y primas, y él sonríe, tímido. Caminamos hacia el comedor, que está en la planta de abajo y nos cruzamos otra vez con miradas buenas y malas.

En el comedor un autoservicio donde pasamos con bandeja. La cocina ya está avisada de que You y yo somos celíacos y nos dan una comida especial. No somos los únicos, hay más y también vegetarianos y veganos. Eso nos hace sentir mejor. Ya bastante nos miran como bichos raros como para que también lo hagan por la comida.

Lyan se sienta en una mesa donde hay dos chicas más que le sonríen. Nos presenta. Zoe y Crysta, de Nueva Zelanda y de Francia. Parecen agradables, menos mal. Esther parece congeniar con ellas, son de temperamento tranquilo. En cambio, Sara y You no pierden de vista el ambiente, incluso las veo mirar retadoras a quien les sostiene la mirada. Me temo que nos veremos en algún lío.

Nos concentramos en la comida, hasta que Lyan se levanta y sonriendo, va hacia una chica que acaba de entrar. Debe de ser su hermana. La acompaña a por una bandeja de comida y la trae a la mesa. Miro a la chica, me resulta familiar. Sus gafas caen graciosamente por la nariz, que es muy respingona. Tiene pecas y lleva el cabello castaño recogido en una coleta alta. Su camiseta verde está estampada de flores. No es muy alta, pero, decididamente, es muy bonita.

—Mi hermana Flower —dice Lyan orgulloso.

—¿Flower? —pregunta curiosa Sara, y luego sonríe acogedora—, nosotros somos Sara, Esther, You, y Lucas, somos primos. Bueno, él y You son hermanos.

—Hola.

Se sienta en la mesa y mi hermana me da un codazo. Creo que no la he perdido de vista. Y sí, es la chica del avión, la del aura verde.

—¿Eres de tierra? —me atrevo a preguntarle. Ella me mira, achica los ojos y pasa de mí.

Una risita de mi hermana me hace reaccionar y sigo comiendo. O sea, no estaba invitándola a salir. Me concentro en las tonterías que dicen estas dos y nos echamos a reír varias veces. Creo que también nos miran al hacerlo. Me da igual.

—Mi hermana está en vuestra habitación. Ella es unos meses más joven que vosotras, pero es muy talentosa y al final, la directora ha decidido aceptarla. Es tierra —dice Lyan, mirándome.

—Vale —digo y continúo hablando con Sara, que me está contando algo sobre los combates.

Si ella me ha ignorado, yo puedo hacer lo mismo. Después de comer, tenemos un poco de tiempo libre. Aprovechando que Lyan va a enseñar a su hermana las principales salas, nos apuntamos los cuatro al tour por el castillo. La verdad es que es impresionante. Parece que vaya a salir un fantasma por cualquier rincón.

—¿Hay espíritus? O sea, escuché que algunas de las brujas pueden comunicarse —pregunta You a Lyan. Este asiente y mira a su hermana, luego desvía la vista.

—Sí, hay brujas, sobre todo las de agua, que son capaces de atravesar el Velo y comunicarse con los que han fallecido, si es que se han quedado en la zona intermedia. Hay quien trasciende y con esos no se puede hablar.

—Sabes mucho, Lyan —dice Esther con admiración.

—Es un tema interesante, sin más —contesta encogiéndose de hombros.

Nos lleva al gimnasio donde están entrenando algunos tipos, como el tal Brandon. Es un tío musculoso y sí, es el gallo del corral. Hasta ahora. Sonríe y Sara me dice.

—¿Quién es ese tío bueno?

—Es Brandon, el gilipollas del que te hablé.

—Ah, qué pena. Tan bonita cara para un cerebro de mierda.

Nos echamos a reír y no sabemos si lo habrá escuchado o no, porque cuando nos mira, frunce el ceño.

Lyan nos lleva al jardín donde se cultivan las plantas medicinales. Está muy bien cuidado y me siento atraído a quedarme un rato, pero tenemos que seguir la visita.

—Hay un lago donde hacemos remo. Dicen que hay un monstruo dentro, así que no os aconsejo bañaros.

—Hermano, no seas malo —dice Flower, mirando pensativa las tranquilas aguas.

—¡Eso! Además, si hay un monstruo, le prenderé fuego —contesta Sara. Suspiro y sigo caminando, hacia el muelle. Se respira tranquilidad. El lago es oscuro, pero está en calma. La verdad es que sí llama a bañarse. Alrededor hay un bosque espeso y al fondo, una montaña con bruma en su pico. La niebla se ha levantado y hoy luce el sol, imagino que cuando baje, será un poco tenebroso.

—Mejor no os bañéis, aunque no haya monstruos. Sí que hay algas y os podéis quedar atrapados —acaba Lyan—, vamos os enseñaré la cuadra.

Nos lleva a un edificio anexo donde hay una veintena de caballos. Sara, cómo no, sabe montar, pero a You y a los demás no nos gusta mucho. Flower, sin embargo, se acerca a uno de ellos y él caballo baja la cabeza, manso, para que ella le rasque.

—Eres preciosa —dice mirando a lo que parece una yegua arrobada. Por un momento, pienso que no me importaría que me mirase a mí así.

—Sigamos —comenta Lyan que mira con ternura a su hermana.

Volvemos por un inmenso prado lleno de estudiantes que aprovechan el día soleado para tumbarse en el césped y remolonear.

—Después de comer siempre tenemos un par de horas para hacer cosas, o estudiar, pero cuando sale el sol, esto se llena. Habrá como unos doscientos estudiantes.

—Son muchos —digo asombrado.

—Sí. Desde que la directora tomó el mando y cambiaron la escuela de lugar, más brujas se han animado a traer a sus hijos. Es bueno, creo yo.

—Desde luego —dice Esther—. ¿Cuánto tiempo te puedes quedar estudiando?

—Depende —contesta Lyan—. Hay quien decide estudiar para ser profesor y se queda aquí varios años. Otros, solo se quedan porque no quieren estar en su casa y algunos se van a los dos meses. Es algo... muy libre.

—Me gusta que sea así —dice mi hermana.

Entramos de nuevo en el castillo y llegamos a la biblioteca, que nos hace suspirar de la emoción. A todos nos gusta leer y ya acabamos con todos los libros que había en la casa de la bisabuela.

—Hay muchos tratados de magia, de todo tipo de magia, desde plantas, tierra, espiritismo, y todo lo que es relacionado con cada elemento. La biblioteca está dividida por ellos, veréis el símbolo en la parte alta.

Miramos y así es, vemos los triángulos que muestran nuestros elementos.

—¿Y la magia del éter? —pregunto pensando en mi hermana.

—De esa... está en una sala donde nadie puede entrar —contesta señalando una puerta al fondo—. Y allá tenéis los libros de magia en general, que sirven para todos los elementos.

Miramos toda la biblioteca, habrá miles de libros ordenados en largas estanterías. En el

centro, mesas corridas de madera con luces individuales donde los estudiantes pueden sentarse un rato. Observo que hay enchufes para portátiles. Nosotros solo tenemos dos, uno para You y para mí y otro para mis primas. Somos una de la familias más poderosas e influyentes y no nos ha llegado para uno individual.

—Aquí hay ordenadores para usar, toda una fila. Eso sí, tened cuidado de no dejaros el correo abierto —sonríe Lyan.

Por último, nos acompaña a secretaría donde una bruja muy amable nos da nuestros horarios. Tenemos asignaturas comunes y luego otras de nuestro elemento.

—Va a ser muy divertido —asegura Sara sonriendo de oreja a oreja. Ella parece estar en su elemento, pero mi prima Esther se ve como un pez fuera del agua. Me mira y me encojo de hombros. Nosotros no estamos tan seguros.

Todos los libros de la saga:

Brujas del Sur Libro 1 (Marina)

Brujas del Sur Libro 2 (Carmen y Estela)

Brujas del Sur Legacy 1 (Amy)

Brujas del Sur Legacy 2 (Lucas)

Brujas del Sur Legacy 3 (Sara)

Brujas del Sur Legacy 4 (You)

Brujas del Sur Legacy 5 (Esther) y final de la saga con epílogos de todos los protagonistas.

Otros libros relacionados

Saga Black Rock

¿Te imaginas una saga de brujas, en Escocia? ¿Puedes visualizar a lobos vigilantes?

¿Una antigua rencilla? ¿Dos especies que no se soportan, pero que deben colaborar?

Amor, pasión, mucha acción y magia es lo que vas a encontrar en la saga Black Rock, compuesta por los siguientes libros. Te muestro el primero.

Las brujas escocesas de Black Rock

El primer título. Encontramos a los fundadores de esta familia híbrida: Bárbara, una joven escocesa que desconoce que pertenece a un linaje de brujas. Ella recibe una carta que la hará viajar a Glencoe, donde se encontrará con un hombre fascinante, Jason, que no parece llevarse nada bien con la familia.

Lo que va a descubrir le cambiará la vida para siempre, incluyendo un amor apasionado.

Enlaces Amazon: <https://amzn.to/41cLg4P>

España: <https://amzn.to/41cLg4P>

Resto del mundo: <https://relinks.me/B0B6H4RCB2>

Esta novela (a fecha de hoy), suele encontrarse en los primeros puestos de la categoría de Fantasía Urbana, paranormal o contemporánea.

Toda la saga:

Las brujas escocesas de Black Rock

Los lobos escoceses de lack Rock

Nimué

James

Claire

Además te doy la buena noticia de que están siendo traducidos a portugués y a inglés. Los podrás encontrar en Amazon.com

Agradecimientos y sobre mí

En primer lugar, quiero comentaros que esta novela es la tercera parte de la que salió gratuita en Wattpad, la plataforma de publicación para autores en la que suelo poner novelas de forma continua.

Allí recibí mucho feedback de las lectoras y lo primero que vi, es que se engancharon a ella, como espero que lo hayas hecho tú con ellas.

Quiero agradecer a todas las lectoras que me acompañaron durante ese proceso y me gustaría nombrarlas a todas, pero me da miedo olvidarme de alguna. Y, por otra parte, tampoco sé si les gustaría que pusiera su usuario por aquí. Sin embargo, tienen que saber que estoy muy agradecida.

También quiero dar las gracias a mis lectoras beta: Paqui, Pili, Francesca y Maite, que siempre me ayudan dándome ideas, consejos, o sugerencias, incluidas imágenes que pueden inspirarme. Son maravillosas.

A mis hermanas, que me apoyan al mil por cien. A mi nueva correctora, mi hermana Eva, que se ha tratado mi libro con eficacia y exquisita dedicación, haciendo que me plantee y corrija diferentes cosas. Su papel para sacar brillo de mi novela es fundamental.

A mi esposo, que constantemente me anima a que siga escribiendo. La vida de un escritor autónomo no es fácil en ocasiones, pero cuando tienes a alguien a tu lado que te respalda y te apoya al cien por cien, os aseguro que se puede llevar.

A todos mis lectores, (lectoras, básicamente), que hacéis que cada día sienta más fuerza y ánimo para seguir escribiendo. Tú eres el motivo por el que publico una novela tras otra.

Todas aquellas personas que me seguís en redes, que dejáis comentarios, que me escribís correos, (y aquí también podría nombrar unas cuantas maravillosas lectoras con las que mantengo comunicación y que, en cuanto saco un libro, me escriben para decirme que ya lo tienen, bien en su Kindle o en papel). Realmente, no sería nada sin vosotras.

A todos aquellos maestros que me enseñan, sean en cursos, en vídeos o en artículos y libros. Creo que aprender es fundamental para mejorar y yo siempre estoy en ese proceso de aprendizaje continuo.

Gracias por todo, por hacer que mis libros estén allí arriba, en el cielo.

Y, hablando de cielo, quiero recordar a mis padres. Cuando tengo algún tipo de buena noticia, me acuerdo mucho de ellos, porque sé que estaban orgullosos de lo que hacía aunque se fueron demasiado pronto (nunca es suficiente el tiempo que pasamos con nuestros seres queridos).

Ahora, os hablo de mí, por si alguien no me conoce.

Me llamo Yolanda Pallás, aunque como sabes, escribo con el seudónimo de Anne Aband.

Alguna vez me han preguntado por qué me puse ese seudónimo y es que al principio, escribía por afición, como casi todos, cuando empezamos.

Mi intención era escribir libros de informática (he dado clases durante más de veinte años), pero luego pasó que empecé a tener éxito, a ganar algún premio literario y... ¡ups! Escribir libros de informática pasó a segundo plano.

Amo la fantasía y la romántica y ¿qué mejor que unir las en una novela?

A las fechas de escribir esta biografía llevo 64 novelas publicadas (esta es la número 65) y también unos cuantos libros con otros seudónimos, desde eróticos a infantiles o cuadernos para escritores.

Sí, mi problema es la intensidad, lo sé.

Pero de momento, si el cuerpo aguanta, voy a seguir así, creando historias no muy largas, con mucha acción, fantasía, brujas y amor. De aquí a un tiempo, puede que esto haya cambiado. De momento, estoy bien aquí.

Si te apetece saber alguna cosa más o descargarte una novela gratuita, te invito a que te pases por mi web:

www.anneaband.com

También tengo Instagram y otras redes, pero te dejo la de Instagram porque es en la que más activa estoy: @anneaband_escritora

Si eres autora, voy colgando en mi otra web cosillas: www.yolandapallas.com

Y poco más, me despido, de nuevo dándote las gracias por leer mi novela, por aguantar hasta aquí y me apostaría la mano y no la perdería, por ser una persona maravillosa que mejora el mundo.

Te veo en la siguiente, espero que disfrutes con las historias de los descendientes.

¿Te importaría... valorar este libro?

Me sentiría muy agradecida si puedes valorar el libro en Amazon, te dejo QR para que puedas hacerlo de forma rápida:

O en este enlace de Amazon

Las valoraciones son importantes para el autor, nos ayudan a saber vuestra opinión y, para qué decir lo contrario, nos anima a seguir escribiendo. ¡Millones de gracias!